



CÉSAR AIRA

*Cumpleaños*

Lectulandia

Un libro especial dentro de la prolífica obra del autor de *Ema la cautiva*. Un comentario banal mueve al autor, cumplidos los cincuenta años, a reflexionar sobre sus supuestas certezas y sobre la incertidumbre que está por venir. Una obra breve y exacta que habla sobre la relación entre vida y escritura.

**Lectulandia**

César Aira

# **Cumpleaños**

ePub r1.0

Titivillus 09.11.16

César Aira, 2000

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# I

Hace poco cumplí cincuenta años, y había acumulado grandes expectativas con la fecha, no tanto por el balance de lo vivido que podría hacer entonces como por la renovación, el recomienzo, el cambio de hábitos. De hecho, no pensé ni por un instante en hacer un balance o evaluar el medio siglo pasado. Tenía la vista fija en el futuro. No veía el cumpleaños sino como un punto de partida, y aun sin entrar en detalles ni hacer planes concretos me había hecho esperanzas muy brillantes, si no de empezar una vida totalmente nueva, al menos de librarme, por lo rotundo del aniversario, de algunos de mis viejos defectos, el peor de los cuales es justamente la postergación, el repetido incumplimiento de mis promesas de cambio. No era tan descabellado. Después de todo, dependía sólo de mí. Era más realista que las esperanzas o temores que pone la humanidad en el año 2000, porque cumplir cincuenta años no es algo tan arbitrario como una fecha en el almanaque. Al revés de lo que suele pasar en estos casos, las esperanzas, aun las más infundadas, actuaban a mi favor, ya que podían resultar en una profecía autocumplida. Todo indicaba que iba a serlo, a juzgar por mis expectativas.

Y sin embargo, no pasó nada. El día de mi cumpleaños llegó y pasó: trabajos pendientes, ocupaciones banales, la fuerza de la rutina, que a esta edad se hace tan dominante, compitieron para que pasara sin pena ni gloria. La culpa fue mía, por supuesto, porque si quería que hubiera un cambio debía haberlo efectuado yo mismo, y en realidad me confié a la magia del acontecimiento, me dejé estar, seguí siendo el mismo de siempre. ¿Qué otra cosa podía esperar, en términos prácticos, si no había tenido ninguna intención de divorciarme, ni de mudarme, ni de cambiar de trabajo, ni de nada especial? En fin, lo tomé con filosofía y seguí viviendo, lo que no es poco.

El error, si lo hubo, estuvo en no advertir que los cambios suceden por el lado que uno menos espera, y es eso lo que los vuelve cambios genuinos. Es una ley fundamental de la realidad. Cambia otra cosa, no la que uno esperaba. Caso contrario, seguimos en lo mismo. No se trata tanto de imprevisión o error de cálculo, ni siquiera de falta de imaginación, porque hasta la imaginación tiene sus límites. Las expectativas de cambio se construyen alrededor de un tema, pero el cambio siempre es un cambio de tema. Debería haberlo sabido, por mi experiencia de novelista. Pero tuve que esperar los hechos para enterarme.

Unos meses después, una linda mañana de otoño, iba caminando por la calle con Liliana. Levanté la vista, aspirando el aire frío y tonificante. El cielo estaba despejado, de un celeste luminoso; allá arriba, a mi izquierda, una media Luna dibujada en ese blanco poroso que tiene de día; a la derecha, oculto para nosotros por los edificios, el Sol todavía bajo. Yo me sentía eufórico, cosa nada rara en mí (es mi estado natural), risueño y optimista. Estaba parloteando de cualquier cosa, y de pronto, con la vaga intención de hacer una especie de broma, dije lo siguiente:

—Debe de ser mentira que los recortes de la Luna los produce la sombra que

proyecta la Tierra al interponerse entre la Luna y el Sol, porque ahora el Sol y la Luna están los dos en el cielo, la Tierra no se interpone en lo más mínimo, y aun así la Luna está recortada. ¡Nos han tenido engañados! Ja, ja, ja. Las formas de la Luna debe de provocarlas alguna otra causa, ¡y nos quieren hacer creer... ja, ja... que es la sombra de la Tierra...! ¡Qué barbaridad!

Mi esposa, que no siempre aprueba mi sentido del humor, alzó la vista a su vez, extrañada, y me preguntó:

—¿Pero quién dijo que es la sombra de la Tierra la que produce las fases de la Luna? ¿De dónde sacaste eso?

—A mí me lo enseñaron así —mentí—: en Pringues.

—No puede ser. A nadie podría habersele ocurrido semejante disparate.

—¿Pero entonces cómo es? ¿Cómo?

—No hay ninguna sombra. El Sol ilumina la Luna, y como pasa con toda fuente de luz que ilumina una esfera, no la ilumina toda sino una mitad. Según la posición relativa de la Tierra, vemos una porción de esa mitad; la porción visible va creciendo hasta que vemos la mitad entera, que es cuando hay Luna llena, y después decrece hasta que no vemos nada de esa mitad iluminada. Es muy fácil.

—¿En serio? Entonces fui yo solo el que vivió equivocado, ja, ja.

Ahí la dejamos, en una nebulosa de chiste, de los tantos que hago en el curso del día. Basta decir que es un chiste «malo» y nadie se preocupa por buscarle el sentido. Salvo que de este «chiste» no me olvidé, y poco a poco se me fue haciendo patente lo monstruoso de mi ignorancia. Era cierto que había vivido equivocado, y no respecto de algo sobre lo que fuera excusable equivocarse, sino en algo tan obvio, tan visible, que era casi el modelo de lo obvio y lo visible. Que yo me considerara un intelectual, un hombre cultivado, curioso e inteligente, hacía más risueña la broma. La Luna siempre está ahí colgada frente a uno, siempre encendida, llamativa, todas las noches de la vida, sus formas repitiéndose con puntualidad, doce veces al año. Y el Sol como un reflector, la Tierra con sus días y sus noches, todo dando vueltas... Un niño de ocho años no demasiado imbécil podía haber sacado las conclusiones correctas. O un salvaje / un hombre primitivo, el primer hombre, en su primer intento de pensamiento.

Exorbitante como parece, mi ignorancia en este punto de cosmología básica se explica simplemente por la distracción. Una distracción histórica. En algún momento de mi vida, en la infancia, debo de haberme dado esa explicación para las fases de la Luna, quizás al pasar, sin pensarlo mucho, con la delgadísima medialuna de mi cerebro que en ese momento iluminaba mi atención, y en lo sucesivo nunca más (¡en cincuenta años!) volví a pensar ni por un segundo en el tema. No fue un caso de «nunca lo pensé», sino de «lo pensé una sola vez», que es peor.

Y eso que muchas veces me dijeron que yo «estaba en la Luna». Si lo hubiera estado en realidad, no habría ganado nada, porque desde allí las fases de la Tierra deben de ser parecidas, y la causa tiene que ser la misma. Claro que en la Luna (esto

sí lo pensé) yo no habría resistido vivo más de medio minuto, por la falta de aire. No habría tenido tiempo ni serenidad espiritual para hacer historias absurdas sobre la mecánica celeste. El miedo a la asfixia, que me ha perseguido cada minuto de mi vida, me daba la excusa para no pensar. Mientras tanto, estaba en la Tierra, respirando perfectamente, pero la excusa persistía. Disponiendo de un largo medio siglo, sólo alcancé a producir un blanco, un agujero. Lo más grave es la cantidad de agujeros iguales a éste de los que estará hecho mi pensamiento.

El único miserable consuelo que podía darme era que estas distracciones fueran el precio con el que pagaba mi atención a otras cuestiones. Que el ahorro de actividad mental en un punto sirviera para concentrar lucidez sobre otros. Como excusa es pobre, pero quizá tenía una hilacha de verdad. Es pobre porque el punto ciego resulta demasiado escandaloso; lo cierto puede estar justamente en lo alto del precio. Quizá debí ignorar demasiado para darme la latitud de invención que necesitaba para cubrir otras ignorancias. Si no sabía vivir, habría sido un derroche escandaloso emplear mis modestas capacidades en entender algo tan vano y decorativo como las fases de la Luna. A fin de cuentas, todos mis trabajos los hice con el único propósito de compensar mi incapacidad de vivir, y apenas si alcanzaron para mantenerme a flote. Hice mucho, y no me sobró nada. ¿Qué tiene de sorprendente que haya debido pagar con asombrosos agujeros? Para que un hombre con deficiencias tan abismales como las mías pudiera llegar a los cincuenta años, habría necesitado ser un genio; como no lo soy, tuve que montar un simulacro de genialidad, laborioso y complejo, que inevitablemente dio una figura desequilibrada, con altos y bajos muy pronunciados y fuera de lugar, en realidad la silueta de un monstruo.

Esta anécdota de la Luna me ha dejado soñador. Como dije, no es tanto que yo me hubiera equivocado respecto de lo que provoca sus fases, sino que interpuse una apresurada explicación falsa y no lo pensé más. Seguramente lo hice en algún momento de mi infancia. ¿Pero en cuál? ¿En cuál, exactamente? ¿Qué día, a qué hora, en qué circunstancias? Se diría que es imposible determinarlo. Todo ese pasado remoto está confundido en una mezcla inextricable de olvido e invención, del que asoman al azar fragmentos sueltos. Trato de recordarme pensando en la Luna... Lo único que me viene es un recuerdo de una noche de verano, en Pringles, yo tendría siete u ocho años, habíamos salido a la vereda después de cenar, como hacíamos siempre, y yo jugaba con un chico vecino, Ornar, mientras nuestros padres charlaban. Ornar y yo éramos inseparables, teníamos la misma edad, vivíamos al lado. Las noches de Pringles eran muy oscuras: apenas si había unos focos macilentos colgados en las esquinas, y sólo en las calles asfaltadas; como la nuestra era la última de ese lado del pueblo, atrás se extendía la gran tiniebla. Además las casas estaban poco iluminadas. La electricidad seguía siendo para nosotros una tecnología nueva y extraña, y se le temía al gasto; nunca había una bombita encendida, ni un solo minuto, si no se la estaba usando; para salir un rato a la vereda a tomar el fresco después de cenar, nos tomábamos el trabajo de apagar todas las luces de la casa. Esas

condiciones promovían la contemplación del firmamento estrellado, que brillaba como no lo he visto brillar después en ninguna parte. La Vía Láctea corría en el mismo sentido que nuestra calle. Esa noche Ornar me dijo, mirando la Luna: «¿No te parece que la Luna es buena?». ¿Buena? Cualquier otro adjetivo me habría parecido más adecuado. ¿Por qué buena? Porque siempre lo acompañaba; iba siempre donde iba él. «Mira —dijo—, ¿La ves?» Estaba a nuestra izquierda, un poco atrás, como mirando por sobre nuestros hombros. Ornar salió corriendo a toda velocidad, y yo con él; se detuvo treinta metros más allá: «Ahí está, en el mismo lugar». En efecto, seguía a nuestra izquierda, un poco atrás, como si hubiera corrido con nosotros. Ornar me contaba esta idea suya como algo que él ha bía creído «cuando era chico», es decir, en un pasado muy remoto, aunque no tenía ni diez años. He notado que es común que los chicos calculen de ese modo el tiempo de sus breves vidas, como eternidades. También es probable que en este caso haya puesto alguna ironía, lo que no sería raro en él; lo adiviné por las miradas que me dirigía, un poco demasiado insistentes; quizás estaba tendiéndome una trampa de algún tipo; estábamos en una permanente competencia de inteligencia, lo que también es bastante común en los niños. Debí de hacer una rápida revisión mental de las posibilidades en juego, porque asocié (o asocio ahora) con otro recuerdo.

Una vez había acompañado a mis padres a una mueblería del pueblo, la más importante o quizá la única. Iríamos a comprar algo, no recuerdo qué. En cierto momento mis padres se habían puesto a conversar con la esposa del dueño, una señora de cierta edad, gorda, muy arreglada, con peinado batido y collar de perlas, y un pesado acento italiano. Creo que el local estaba recién estrenado, y la señora hacía su elogio y mostraba sus bellezas. En cierto punto, nos mostró un cuadro colgado en una pared; era un retrato, creo que de una mujer, un retrato de nadie, seguramente una reproducción barata, pero la señora dijo que tenía una virtud muy especial, y era que si uno se ponía justo frente al cuadro, los ojos del modelo miraban a los ojos del observador... Pero si uno daba unos pasos al costado (nos invitó a probar) los ojos de la mujer pintada seguían mirando a los del que la miraba. Fuera uno a donde fuera, la pintura le devolvía la mirada en los ojos, como un truco de magia. La señora se reía, muy satisfecha, repetía que era un cuadro muy especial, muy ingenioso. Debo decir que ese cuadro lo tenían como decoración, no estaba en venta, de modo que no era una maniobra de vendedora, cosa que por otra parte no era esta señora, que iba al negocio a hacerle compañía al marido y charlar con los clientes, como hacían tantas esposas de comerciantes en el pueblo, de puro aburridas que estaban. Su elogio era sincero. Mis padres manifestaron una cortés admiración, y yo me quedé todo el resto de la visita frente al cuadro, desplazándome de costado, avanzando, retrocediendo. Cuando salimos, mi madre se reía de la ignorancia de la señora, que tomaba por un rasgo único y maravilloso lo que era una característica de todos los cuadros o fotos en los que el modelo miraba al pintor o a la cámara. Yo asentía, pero sin poder decir si lo sabía de antes o lo aprendía en esa ocasión; sinceramente no podía decirlo.



Algo así sospechaba de la observación de Ornar sobre la Luna. Era bastante probable que quisiera hacerme confesar, en un descuido, que había un mecanismo del mundo que yo ignoraba. Los niños siempre se están examinando unos a otros en ese sentido, poniendo en escena complicadas charadas para obtener confesiones involuntarias de ignorancia. Cuando tropiezan con un adulto que manifiesta una de esas ignorancias, como la señora de la mueblería, ese adulto queda marcado como un mojón en su aprendizaje de la vida.

De todos modos, este asunto de la mirada fija-móvil no es el mismo que el de las fases de la Luna, aunque quizá, haciendo asociaciones y sacando una cosa de otra, tendría alguna posibilidad de ubicar el momento en que cometí el error; quizá triangulando con un par de niños tendiéndose trampas, y yo a los cincuenta años haciendo el papel del adulto transtemporal que tenía ese preciso hueco de saber. Pero no tengo ganas de tomarme el trabajo. Me llevaría demasiado tiempo, sin ninguna garantía de éxito.

El pasado no es una construcción imaginaria como cualquier otra. No sé cómo hay quienes puedan afirmarlo, por ejemplo los historiadores modernos. Lo que pasó, pasó justamente porque fue real. Los detalles del pasado tienen una importancia capital, no sólo para establecer una cronología sino por el juego de las causas y efectos. Aunque sobredeterminado, el presente se remonta por hilos sutiles a algún átomo de realidad, al que para identificarlo no hay más remedio que ubicarlo en su lugar exacto de la sucesión de hechos del pasado.

Pues bien, todo lo que escribí hasta este punto me lleva a pensar que el momento en que cometí mi error o distracción o explicación apresurada respecto de las fases de la Luna es el origen de mi incapacidad de vivir. De modo que si pudiera hacer la historia de ese instante resolvería el misterio que me persigue.

Menos dramático, pero mucho más verosímil, sería decir que no fue un momento sino un proceso: el proceso de perder el tiempo, que es prolongado por naturaleza. A mi edad, no puedo ver sino con espanto las eternidades de tiempo perdido en mi juventud. La falta de método, los desvíos caprichosos, las esperas de nada. Las horas desperdiciadas, los días, los años, las décadas. Y hay una cierta justicia poética en que la víctima aparente haya sido la Luna, ese poético recordatorio del tiempo perdido.

## II

Hoy vine a Pringles, por una semana. El capítulo anterior lo escribí por la mañana, en el café del Avenida, que estaba enteramente vacío como suelen estar los cafés aquí, bajo la mirada atenta de la mesera. Es una chica joven, nueva en este café, al menos nueva para mí, que vengo al pueblo dos o tres veces por año. Ya al atenderme me había preguntado si yo era escritor, y manifestado su admiración por esa actividad; ella también escribía, dijo, siempre, en toda ocasión, para desahogarse o expresarse, etcétera. El apuro en decírmelo quería decir evidentemente que yo era el primer escritor que conocía, y la entusiasmaba la idea de poder hablar, al fin, con alguien del oficio. Durante toda mi sesión no me sacó los ojos de encima, entre otras cosas porque no tenía nada que hacer, y cuando fui al mostrador a pagarle volvió a sacar el tema. Quería que le hablara de lo que es ser escritor, pero, como pasa siempre, habló ella. A continuación hago un resumen de lo que me dijo.

Tiene diecisiete años, y es de Suárez; está en Pringles sólo porque consiguió este trabajo, en sus francos vuelve a Suárez, donde están los padres y hermanos. No estudia. Es muy rubia, muy blanca, alta y delgadísima, no bonita pero fresca, intensa. Debe de ser de los llamados «rusos» de Suárez, donde hay populosas colonias. Ellos se dicen «alemanes», y curiosamente son las dos cosas, según tengo entendido: inmigrantes ruso-alemanes o «alemanes del Volga», es decir alemanes que vivían en Rusia desde la época de germanización rusa en la época de Isabel Ivanovna y Potemkin, o algo por el estilo; yo debería saberlo, porque también desciendo de ellos.

Escribe. Escribe siempre, no podría vivir sin escribir. Escribiendo puede decir lo que no puede decir hablando. Una vez ganó un segundo premio en un concurso de redacción, con una «Carta a Jesús». Le pregunté si era un tema dado o lo había elegido ella. Tardó un rato larguísimo en entender qué le estaba preguntando. Era lo segundo. Le pareció que Jesús estaba muy olvidado, sobre todo por los jóvenes. Uno se acuerda de Jesús sólo cuando lo necesita, en los momentos difíciles, y el resto del tiempo no piensa en él. A eso yo no tenía nada que responder.

Para ella, escribir es el único modo de expresar, y entender, lo que le pasa. Ahí fue cuando le pregunté la edad. «Me han pasado muchas cosas», dijo. Lo principal es que ahora le ha perdido el miedo a la muerte, con el que vivió obsesionada durante muchos años. Ahora ha entendido que la muerte no es el fin. Que después de esta vida viene otra vida, igual que la anterior o mejor, porque es sin dolor. Esto lo aprendió por la muerte de su hermano mayor, que fue la persona más importante de su vida. Su hermano fue un padre para ella, el padre que no tuvo porque el padre los abandonó cuando ella era muy chica y nunca más volvió. Su hermano siempre estaba junto a ella, cuando lo necesitaba ahí estaba, antes de que ella tuviera que pedirle una ayuda él se la daba. Y ahora, muerto, el hermano sigue a su lado. A veces se descubre hablando con él, a veces siente que hay alguien junto a ella, y es su hermano. Esa compañía sobrenatural está ligada para ella a la experiencia de escribir. De ahí ha

concluido que hay otra vida: su hermano sigue vivo de algún modo, ahora libre del dolor que fue lo único que conoció en esta vida. Yo seguía sin decir nada, salvo asentir y hacerle alguna pregunta, pero después pensé que se contradecía, porque su convicción estaría probando que su hermano no se fue a vivir otra vida (eso lo hizo el padre) sino que sigue en ésta, y haciendo lo que hacía por ella en esta vida, salvo que aliviado de su penosa envoltura material.

Después de estas confidencias, dichas con tanta naturalidad como si toda su vida fueran confidencias, y decirlas y hablar fuera lo mismo, volvió, en el mismo movimiento del discurso, a su hábito de escribir: lo hace siempre, sobre todo cuando vuelve a su casa en el autobús. La última vez, por ejemplo, ya estaba llegando cuando se le ocurrió algo, y por miedo a olvidárselo si no lo anotaba, lo escribió de prisa antes de que el autobús se detuviera. Ahí sí pude intercalar un bocadillo: a mí me pasa lo mismo, siempre estoy anotando mis ocurrencias porque si no las anoto me las olvido, se me borran completamente, sobre todo las ideas que tengo en la cabeza en el momento de despertarme, las más volátiles porque no se puede reconstruir la cadena de pensamientos que llevó a ellas. Cuántas veces me he arrepentido de no anotarlas: después recuerdo haber tenido una idea buenísima, pero no recuerdo cuál era, y me atormento por tener una promesa vacía, definitivamente vacía. Se quedó en silencio, con la mirada en blanco, como diciendo «qué raro». Estábamos hablando de temas distintos.

Tenía las manos coloradas, seguramente por el trabajo de lavar copas y tazas que debe de hacer aquí. Los dientes, lindos. Por debajo de su seguridad infantil, había un fondo de ansiedad, difícil de localizar. Le dije algo, más por hacer conversación que por otra cosa, sobre la escritura como secreto, pero no reaccionó: era obvio que para ella no era un secreto. Se me ocurrió decírselo pensando en mí a su edad: escribir no fue casi otra cosa que un secreto. Quizás ella no tiene secretos. O bien ya me había dicho sus dos secretos: el miedo vencido a la muerte y la anotación de ideas. Me hice un retrato general de ella en el marco de la comunidad de la que provenía: el clima riguroso, la devoción religiosa, la ignorancia, la pobreza, un fondo racial de endogamia que la había hecho a ella tan rubia y tan segura de sí misma, a la vez que había matado a su hermano, que quizá nació enfermo y sobrevivió veinte años en el sufrimiento. Su hermano era Jesús, muerto y resucitado, y ella su evangelista.

Me quedó una duda, algo que me interesa sobremanera, pero me dio vergüenza preguntarle: ¿qué especie de cuaderno o libreta usa para anotar sus ideas en cualquier parte, por ejemplo en el autobús? Se lo preguntaría a todos los escritores, para ver si por la vía estadística puedo acercarme al ideal que persigo, el del cuaderno adaptado a todos los lugares y momentos.

Otro detalle importante que quedó sin desarrollar fue el de las ideas que uno tiene al despertarse. Seguramente fue el caso de lo que ella anotó en el autobús; debía de haberse dormido en el viaje; todos los jóvenes duermen cuando viajan. De otro modo, no me habría especificado que eso sucedió cuando ya entraba a su pueblo; el reloj

interno del hábito la despertó al llegar, y ahí estaba la idea que quiso registrar. A mí también me vienen en ese momento, aunque a mi edad, por supuesto, duermo mucho menos; defecto que compenso en la suma total, porque a los cincuenta años necesariamente he dormido más que un joven. A esas ideas del despertar les doy una importancia especial, no porque provengan de profundidades oníricas o inconscientes en las que no creo, sino porque están colocadas ahí, después de una ausencia. Uno ha dejado el mundo, por un lapso largo o corto... y regresa. Al regresar encuentra el mundo donde lo dejó, pero ligeramente cambiado, por acción del tiempo (no importa si fue un minuto).

No importa si es una décima de segundo, un parpadeo. De hecho, en ese terreno las cosas pasan muy rápido. Aunque hubiera cuadernos y lapiceras adecuados para seguirle el ritmo al pensamiento, aun así se les escaparía el salto que hay entre la ida y la vuelta.

Yo no soy un adepto de Jesús, pero puedo imaginarme más o menos cómo opera su naturaleza histórica sobre los creyentes. Nuestra civilización le debe el Pasado. La muerte y la resurrección lo hicieron el dios del salto, el modelo según el cual funciona el hueco en el tiempo. Un largo temor a la muerte puede dar paso a su enseñanza.

La chica del Avenida llegó a la conclusión de que no hay que temerle a la muerte. Se lo enseñó el hábito de escribir (el secreto que no es secreto), y las ocurrencias que llegan en cualquier momento y hay que anotar. Por mi parte, pienso que mucho más temible que la muerte individual es la muerte de todos, la muerte del mundo que conocemos y que somos, es decir, el Fin del Mundo. Paradójicamente, para esa gran muerte no hay que esperar a la muerte individual, porque el Fin del Mundo nos acompaña todos los días, está sucediendo imperceptiblemente en cada pequeño hecho que pasa, en el azar de los hechos y los pensamientos.

### III

Mi defecto principal, del que se deducen todos los demás, es la falta de un ritmo estable y previsible, en el que los hechos y las ideas fueran encontrando su lugar. Si lo tuviera, no importaría que hubiera huecos aquí y allá, porque se llenarían por sí solos. Una ignorancia puntual, una inexperiencia: sería hasta gratificante sufrirlas, para comprobar qué bien las colmaba el curso mismo de la existencia (me haría sentir que la vida merecía ser vivida, con todas sus enseñanzas).

Mi estilo es irregular: atolondrado, espasmódico, bromista; bromista por necesidad, por tener que justificar lo injustificable diciendo que en realidad no hablaba en serio. Pero, si interviene la necesidad, entonces no es broma. Esa estúpida broma sobre la Luna en realidad no era una broma. Por supuesto, no engaño a nadie. Los huecos siguen siendo huecos para siempre, salvo que un grandioso azar venga a corregirme. Si fueran sólo huecos de conocimiento no me preocuparía tanto; pero también hay agujeros de experiencia y también con ellos estoy a merced del azar benévolo de las circunstancias. Y el juego de las probabilidades se juega con números tan exorbitantes que me anonada pensarlo. ¿Qué puedo esperar, en términos realistas, si se necesita un millón de años para que se dé la precisa constelación de hechos objetivos en los que a mí me pase algo?

Esta falta de ritmo regular explica que tenga que anotar cada una de las ideas que se me ocurren; son tan vanas y fugaces que valen lo que un segundo en el tiempo; y tan incoherentes que si no las anoto las pierdo, porque no hay ningún hilo que las una entre sí, el hilo con el que podría recuperarlas a través de todas las distracciones.

Por lo mismo, mi mente está en continuo movimiento, en un mariposeo sin sosiego. Anotar todo eso va más allá de la capacidad humana. Una de mis fantasías sin consecuencias fue la de inventar un bloc adaptado a la hiperactividad cerebral; de ahí debe de venir mi fetichismo con los cuadernos, libretas y lapiceras. Necesitaría una notación especial, pero más o menos me las arreglo con la escritura corriente. En el fondo, todos esos fantaseos que uno tiene de ser el ingeniero de sus propias peculiaridades son vanos porque son metáforas de una realidad que sucede de todos modos: yo me hice escritor y mi bloc maravilloso, mi notación, son, tematizadas, mis novelitas.

Pero uno siempre querría ser otro escritor. A eso se reduce en los hechos la grandeza y la variedad de la literatura. A mí me gustaría tener estilo; si lo tuviera, toda mi experiencia se encadenaría de modo que los hechos y los pensamientos se sucedieran por algún motivo, no por capricho o casualidad. Si hubiera razones estables en mi comportamiento, me habría ahorrado sorpresas como la de la Luna. No habría necesitado saltar lo básico, sino que lo habría recorrido metódicamente a su debido tiempo, y ahora no estaría lamentando el tiempo perdido de mi juventud. Saltar es contra natura. El tiempo no da saltos. Para dar un símil, bastante imperfecto pero elocuente de todos modos: mi itinerario intelectual debería haber sido como la

prosa de esos buenos escritores del siglo XVIII que siempre quise tomar de modelos. Cada frase lleva implícita una pregunta, que la frase siguiente se ocupa de responder a la vez que propone una nueva pregunta... Así todo se encadena, y el lector no puede perderse aunque ponga un mínimo de atención; atención que el texto armado de ese modo estimula y encauza.

Como tantos, yo hice de necesidad virtud, y de esa falta de estilo mi estilo. Igual que el tiempo, el concepto de estilo es un continuo que lo cubre todo, hasta sus propias negaciones. Así es como llegué a ser un escritor conocido y celebrado. No habría podido hacerlo de todo modo, porque si hubiera querido ser como los demás habría tenido demasiada competencia, y casi todos lo habrían hecho mejor que yo. La literatura tiene esa cualidad maravillosa de ser acogedora aun fuera de sí misma, y por eso le estoy tan agradecido. Por eso me aferré a ella de modo tan fanático y desesperado. El éxito nunca me importó... Eso lo dicen todos, y suele no ser cierto. A mí me importó bastante, pero sólo para tener la justificación familiar y social que me permitiera seguir escribiendo. De otro modo tendría que haber seguido haciéndolo en secreto, lo que habría sido deprimente.

Fuera de la literatura, me era en extremo difícil vivir, así que no dejé casi nada afuera. Aun así, al mismo tiempo, todo está afuera, desde que me levanto hasta que me acuesto, porque tengo que vivir como todo el mundo. El adentro y el afuera (de la literatura) están en una permanente guerra por la supremacía; pero no son como dos ejércitos que se enfrentan, sino más bien fuerzas que se suceden, en una guerra de metamorfosis y devoraciones. Los inconvenientes y problemas y angustias y parálisis que entran en la literatura vueltos máquinas de felicidad dejan atrás (afuera) una prole innumerable a la que hay que aplicarle el mismo tratamiento... Con el paso de los años se necesitan inventos cada vez más raros y recargados; por suerte cada vez se me hace más fácil, y además ahí también la Historia me justifica, porque hace creer que evoluciono, que profundizo en mi mundo interior... Muchas veces me he preguntado en qué ocupa su tiempo la gente normal, cuando a mí el trabajo de seguir con vida me ocupa hasta el último minuto, y apenas si me alcanza.

Desde mi identidad de Escritor podría considerar con cierta superioridad paternalista a esta chica del Avenida y a sus pretensiones de escritora aficionada. Sería lo normal, y lo que ella misma espera. Pero siento que ha llegado la hora de verlo bajo otra luz. Ya hacía tiempo había empezado a sospechar que los jóvenes pueden tener en realidad condiciones superiores; muy raras, muy excepcionales, uno en cada mil... Pero una vez admitida la realidad de un caso, puede multiplicarse por el número que uno quiera. No sé por qué, seguramente en un gesto defensivo, quizá por mantener sólido y de un solo bloque mi escepticismo, nunca creí en la existencia real de los superdotados. Los admitía como una especie de ficción poética o aleccionadora, pensaba que, igual que los extraterrestres, podían explicarse por causas naturales. Pero de pronto, por la vía de lo inconcebible, empiezo a aceptarlos. Puede ser un efecto de la edad: uno empieza a ver a los jóvenes desde afuera, como

un fenómeno estético, y se hacen extraños, a la vez que toman un peso objetivo y una opacidad que puede ocultar cualquier cosa.

Después de este descomunal chasco de la Luna, mi embrión de creencia se afirma. Puedo extenderla de los superdotados públicos a los privados, y de ahí a la humanidad en general. Por algún motivo, siempre viví rodeado de pedantes, sabelotodos, charlatanes, siempre dispuestos a darme lecciones; mi silencio rencoroso frente a ellos preservaba mi integridad mental, pero me obligaba a no creer nada de lo que oía. ¿Y si a alguno se le hubiera ocurrido explicarme las fases de la Luna? Lo habría tomado por un maleducado; con lo cual empiezo a explicarme por qué le doy tanta importancia a los buenos modales. De todos modos, seguramente lo sabían. ¿Quién no lo sabe? Y para saberlo hay que remitirse a muchos años atrás, en una vertiginosa perspectiva invertida: a una juventud vivida en la realidad, en toda su belleza, la juventud del mundo y del individuo. Esas cosas se aprenden a su debido tiempo, o no se aprenden nunca.

Estos dos días vine a escribir por la mañana al Avenida, y no está la chica rubia. Tengo que llamarla así porque no sé el nombre; me había propuesto preguntárselo, pero no volví a verla. Es incómodo, cuando uno tiene una vida interior tan activa como la mía, no saber el nombre de los personajes que la pueblan; hay que manejarse con perífrasis y apodos, bastante irrespetuosos. Las relaciones, aun las más casuales, deberían empezar como *Moby Dick*. Podría preguntar, pero prefiero no hacerlo. Ahora atiende otra chica rubia, que no muestra ningún interés en mi actividad (por suerte) y que me parece más convencional. No me extrañaría que la anterior haya conseguido otro trabajo, o que se haya mudado, o casado; quizás el día que nos vimos era su último día en Pringles, y no me lo dijo, y ese detalle era la clave de todo lo que me dijo. Estoy acostumbrado a que la gente con la que tengo alguna relación desaparezca de mi vida de pronto. La vida es cambio y movimiento. Yo sigo fijo, haciendo todos los días lo mismo, y los demás circulan a una velocidad pasmosa.

La Luna participa de esta lógica de los superdotados. Salvo por la intención o deliberación, su juego de formas tiene toda la precisión sutil e ingeniosa de un joven que no pierde el tiempo. ¿Quién inventará el «bloc maravilloso» de la Luna? Toda la realidad es así.

## IV

Debo decir que aquí en Pringles está haciendo un frío que espanta. Soplan vientos polares, el Sol es un punto lívido entre las nubes, un gris de hielo cubre los techos que veo desde el incongruente quinto piso del departamento de mi madre. Las calles están vacías todo el día, más vacías de lo que están habitualmente; y de noche, es la desolación completa. Este clima tiene algo de inhumano; me hace pensar en los grandes espacios entre los astros. Los únicos objetos que los atraviesan son autos, rodando lentamente sobre el empedrado azul, cuya suave irregularidad le extrae a los neumáticos un susurro peculiar, «pringlense», que hay quien dice que podría reconocer entre los susurros equivalentes que produce el empedrado de cualquier otra ciudad del mundo. Y hasta los autos parecen salir sólo por la más estricta necesidad: hacen sus recorridos de siempre, doblan en las mismas esquinas, frenan y aceleran en los mismos sitios. Están dotados de memoria propia. Después la calle queda desierta, no se mueve un átomo.

Salvo mi salida diaria al café a escribir, me lo paso leyendo en mi cuarto, tirado en la cama. Leo un libro tras otro, dos por día si no son muy largos, si son demasiado malos (ninguno lo es) apuro un poco la lectura en los últimos capítulos, me salteo páginas: nunca los dejo sin terminar, por una superstición de la que debería liberarme. Los saco de la Biblioteca Municipal, que está aquí nomás, a menos de cien metros; voy a primera hora de la mañana, paso un buen rato revolviendo, elijo al azar, sin ningún plan ni propósito, me dejo llevar por las ganas del momento, por el capricho. En Pringles, con esta inagotable biblioteca a mi disposición, leo justamente esos libros que nunca habría pensado leer, los que no caben en ninguno de los muchos planes de lectura que siempre me estoy imponiendo.

Ayer leí una novelita de Wells, *Una historia de los tiempos por venir*, hermoso título aunque no sé cuál será el original; no lo dice la portada, ni dice quién fue el traductor, ni el año de la novela, aunque supongo que será de antes del novecientos, de las juveniles del autor. (Sé que hay una de los años treinta que se llama *The Shape of Things to Come*, pero no creo que sea ésta.) Es un tomito de la Biblioteca de La Nación, que incluye también algunos cuentos, entre ellos «El caso Plattner»; fue por este cuento que lo saqué, porque creía recordar que lo mencionaba Borges en alguna parte (es bastante insustancial). Esta novelita de «los tiempos por venir» la leí con gusto, aunque no vale nada. A medida que la leía me daba cuenta de que mi interés hincaba el diente, de un modo bastante pueril, en el hallazgo de los errores que había cometido el autor al imaginar un futuro de doscientos años después; hoy estamos a mitad de camino y ya se ha hecho patente que se equivocó en todo. En la mitad de los casos se queda corto, como al suponer que la tecnología no iría más allá del fonógrafo y la bombita eléctrica, y en la otra mitad calcula mal las direcciones que tomaría el progreso. No es un defecto exclusivo de Wells, porque todos los que vinieron después se equivocaron tanto o más que él; y regodearse en esos errores



tiene algo de intrigantemente injusto, porque la conclusión inescapable es que, si intentáramos lo mismo, volveríamos a equivocarnos. Los tiempos por venir son muy resbalosos, muy traicioneros. Pero en esa interpolación está el atractivo principal de esta lectura. Aun después de asimilar y superar el sentimiento de injustificada superioridad que nos produce comprobar sus errores, tendemos a pensar que nosotros no nos equivocariamos de modo tan palmario: después de todo, lo tuvimos a Wells, y a todos los demás, para aprender de sus errores. Y sin embargo, no. El disparo volvería a errar al blanco, las equivocaciones serían más groseras aún; en esta materia no hay aprendizaje que valga, porque se aprende en el tiempo, y aquí se trata del tiempo. El título mismo lo está diciendo en cierto modo: se trata de la «historia» de los tiempos por venir, es decir, del futuro en tanto ya está realizado y se vuelve objeto de un relato. El aprendizaje de los errores ajenos jugaría en contra, porque la voluntad de aprender los volvería propios, no ajenos.

Wells comete un resonante error al suponer que en el siglo XXII las mujeres van a seguir sometidas a sus maridos, que las jóvenes solteras van a seguir haciendo uso de chaperones, etcétera. Es fácil cuando se trata de acentuar tendencias de tipo cuantitativo. Wells imagina ciudades más pobladas, vehículos más rápidos, edificios más altos. Pero no piensa ni por un momento que los hombres pudieran salir a la calle sin sombrero y bastón. Hay cosas impensables, y no sabemos cuáles son. Sean cuales sean las condiciones que conforman nuestro pensamiento, esas condiciones existen, y por definición no se puede pensar fuera de ellas. Esto es el equivalente en la Historia del «cambio de tema» en la vida cotidiana.

Un modo perfectamente fácil y eficaz de cambiar de tema es cambiar de libro: después de leer uno, empezar otro. ¿Cuántos libros he leído en mi vida? Perdí la cuenta. Nunca se me ocurrió hacer listas o cálculos, y sin embargo advierto que siempre contemplé los libros bajo una luz, podría decirse, cuantitativa. Debe de ser porque al tratarse de objetos tangibles y discontinuos pude usarlos como la cara contabilizable (aunque nunca los conté) del cambio de tema. En una conversación, o en el transcurso de una mañana, los giros del pensamiento se van enlazando en una corriente fluida y casi indiferenciada, mientras que los libros empiezan y terminan y hacen una serie notoria a simple vista.

Tengo la teoría, nada original, de que la suma de experiencias particulares que uno vive a lo largo de su existencia es lo que lo hace único y distinto de todos los demás. Lo que lo hace a uno precioso e irremplazable, como cuando Nerón dijo: «Qué gran artista pierde el mundo». No sé por qué lo han criticado tanto. Los libros leídos, por supuesto, también son experiencias vividas, y la suma de todos los libros que uno ha leído también lo hacen único en ese aspecto. Esa «biblioteca» personal nunca es igual a la de otro; podría serlo, por una grandísima casualidad, si uno ha leído unos pocos libros y se ha limitado a lo convencional; pero con cada libro nuevo que se lee las probabilidades de coincidencia disminuyen exponencialmente. No es mi caso porque he leído muchísimo, en muchos idiomas, de muchas literaturas

antiguas y modernas. No podría pretender que ése sea el objetivo, pero mi afán por seguir leyendo, al azar, cualquier cosa, libro tras libro, buenos y malos, es como si obedeciera a la intención de asegurarme de que la «cifra» que dé al final mi experiencia de lector sea absolutamente única y sin igual. Esa calidad de único, por sí sola, me haría precioso, irremplazable; y me daría algo equivalente a los superpoderes, al menos a un superpoder muy especializado, a algo que sólo yo puedo hacer y nadie más; con eso me conformo.

Pero estas razones son bastante absurdas. Si la intención es adquirir la «cifra» y hacerme único (y que haya un motivo para lamentar mi aniquilación), los miles de libros están de más. Todo está de más, porque la cifra la da la combinatoria elemental de cuatro o cinco datos que ya al comienzo alcanzan para hacerme único. Basta con ser el hijo de W y de X, haber nacido en Y el día Z. Claro que ésa sería la cifra básica, de muy poco precio porque hasta la última brizna de hierba tiene la suya. Hay otras cifras, que van ganándose con trabajo o con suerte, como condecoraciones. Todas son particularidades, y en tanto siga vivo, cada segundo de existencia va a seguir volcándolas sobre mí, innumerables y variadas.

No es necesario, como podría hacerlo pensar la metáfora de las condecoraciones, que sean elementos virtuosos. De hecho, casi siempre los más notorios como individualizadores son defectos, tics, manías, vicios, pecados. Pueden ser ignorancias curiosas. ¿Cuántos escritores distinguidos de cincuenta años puede haber que ignoren las causas de las formas de la Luna? Pero tomando un enfoque positivo, se puede pensar que lo malo existe con un fin bueno, y si no existiera sería peor. La inexistencia de cualquier cosa, hasta la del crimen, es un empobrecimiento. «Todo en la vida, hasta la práctica de la autopsia, termina por producir algún efecto» (O. Lamborghini). En realidad, creo que lo malo es más fecundo que lo bueno, porque lo bueno suele producir una satisfacción que inmoviliza, mientras que lo malo genera una inquietud con la que se renueva la acción. La acción lleva a nuevos errores, y la espiral de la particularidad se dispara al infinito. Todos aspiramos a ser buenos, pero los buenos, por las condiciones mismas con que se los juzga buenos, tienden a ser todos iguales, y una exageración en ese sentido llevaría a la humanidad a ser una masa indiferenciada e inerte.

La acción, hija de la negatividad, hace que la «cifra» se vuelva sobre sí misma. Hay una especie de «devolución de la cifra», un pago. En la medida en que uno se vuelve distinto y único, quiere dar testimonio, y nuestra civilización inventó el arte para transportar idealmente ese testimonio. Los artistas son gente bastante extravagante, pero yo diría que no es el arte el que los hizo raros, sino que la rareza los llevó al arte. O quizá hay un efecto recíproco. Sea como sea, esta dialéctica de cifra pasiva y cifra activa resolvería las aporías tan intrigantes de Vida y Obra. Buscar lo nuevo y lo raro en la obra artística no es la tarea frívola y vanidosa que parece ser, en primer lugar porque no se trata de buscar sino de haber encontrado.

Ahora bien, las cosas no siempre salen como uno se lo propone; si no, todo sería

obras maestras, o los artistas serían siempre jóvenes. Para demostrarlo, bastaría comparar las dos imágenes de mi cifra personal: el que me gustaría ser, y el que soy.

## V

Uno de mis anhelos insatisfechos es el de vestirme perfecto. Nunca lo logré, ni me acerqué siquiera. Siempre anduve desprolijo, incómodo, sin elegancia; abrigado en verano, tiritando en invierno.

Es una de las tantas cosas que he dejado postergadas para cuando sea rico; y no es que espere llegar a serlo, todo lo contrario.

Todo lo que dije antes sobre la cifra parte del error de postular una figura estática, sin tomar en cuenta el movimiento de la Historia. La cifra es fluida y no se fija nunca. De ahí que nunca se la pueda capitalizar; en otras palabras, no sirve para nada, salvo como simulacro. En realidad, nada sirve para nada. Se pueden leer miles de libros y seguir siendo un ignorante, como me lo demostré de modo concluyente con la Luna. Para evitar ese humillante agujero en mi pensamiento tendría que haber leído, además de todos los otros, ese libro particular sobre las formas visibles de nuestro poético satélite. No sé si existirá (no creo). Esa clase de libros específicos y particularísimos que nos serían tan útiles justifican la fábula de la combinatoria del mono tecleando al azar, infinitamente, una máquina de escribir. Es un libro «posible», como todos los demás, pero pedírselo al azar estira tanto la cuerda de lo probable que sólo se podría dar en un plano de infinitos conjugados. Sin contar con que, para que yo lo entendiera, tendría que tener diagramas.

Cuando se habla de astronomía no falta alguna referencia a los primitivos. En otras disciplinas también, pero con la astronomía se encarnizan. Si las tomáramos en serio, habría que creer que los primitivos se hicieron las ideas más ridículas sobre el movimiento de los astros en particular y sobre la naturaleza en general. La máxima y suprema: creer que cuando el Sol se ponía a la tarde ya no iba a volver a salir nunca más. Yo sostengo, con una convicción que me viene de lo más profundo, que eso es falso: no hay primitivos, no hay salvajes, o en todo caso, si queremos darle ese nombre a civilizaciones distintas de la nuestra, no tenemos ningún derecho a suponerles menos inteligencia que la que nos arrogamos. Estúpidos, crédulos, ignorantes, siempre hubo, y no faltan entre nosotros. Pero una cultura, así sea la de unos indios desnudos en la selva, tiene y tuvo siempre todo el saber que tuvo y tendrá cualquier otra. En eso soy irreductible y militante. Creo que el error, alentado por un racismo latente hasta en los bienpensantes más escrupulosos, proviene de un error de traducción, o más precisamente de una traducción a medias, que en realidad no es una traducción. Supongamos que una nación cualquiera observa que la recurrencia de las formas de la Luna sirve para medir un determinado lapso de tiempo (lo que nosotros llamamos «mes»), y que a ese lapso le pone de nombre, en un razonable gesto de economía lingüística, la misma palabra que usa para nombrar a la Luna (nosotros también hacemos cosas así). Pues bien, si alguien traduce un discurso de esa lengua, va a ser infalible que ponga «Hace cinco Lunas...» donde alguien dijo en realidad «Hace cinco meses». No se para a pensar que ahí un mismo significante se usa para

dos significados distintos, y que la identidad tiene una explicación sólo etimológica o genealógica. Y así es como los indios de los etnólogos, y después los de las novelas y el cine, aparecen diciendo «Hace cinco Lunas que no llover...» (porque, ya que están en tren de hacerlos quedar como unos idiotas, los hacen hablar en infinitivo también).

Este ejemplo, aparte de que no es un ejemplo, es un ejemplo muy simplificado, pero da una idea de lo que quiero decir. Una traducción bien hecha es una traducción completa. En su lengua el indio dice: «Hace cinco meses que no llueve», exactamente como lo diríamos nosotros. Y cuando hablan de Astronomía, de Medicina, de amor, o de lo que sea, lo hacen igual que lo hacemos nosotros, salvo que lo hacen en su idioma, como nosotros lo hacemos en el nuestro. Cualquier otra cosa es un error, por más gratificante que sea para nuestro deseo de verlos desde lo alto de nuestra superioridad. Aunque no expresa exactamente mi idea, se podría hablar de un «concepto ampliado de la traducción».

En la misma línea, y con el mismo racismo implícito, se recurre a la «creencia». A los primitivos de toda especie siempre se les están adjudicando las creencias más absurdas: que una gran serpiente se bebió un río, que las almas de los muertos viajan en un barco, cualquier cosa. Es más o menos como decir que nosotros nos «creemos» nuestros chistes. Aquí también puede decirse que en todas partes hay gente estúpida e ignorante, pero la cuestión es más compleja. «Creer» es un modo simplificado de decir que se aceptan ciertos mecanismos de significación, sin los cuales la sociedad no podría seguir funcionando. Un listín de todo lo que nosotros creemos, sin traducirlo, también nos haría quedar como unos estúpidos.

Si tengo que mencionar mi lapso de tiempo favorito, el que más práctico me resulta y el que más uso para organizarme, es la semana. Hoy es mi último día en Pringles, un jueves. Vine el jueves pasado, hoy me marcho. Como todos los días de esta semana de visita, vine al café a escribir. La chica rubia no está, como no estuvo todos estos días. Estaba el jueves pasado, el primer día que vine, y después no volví a verla. Como me dijo que no vivía en Pringles, en un primer momento pensé que venía los jueves y se quedaba el fin de semana, que es cuando más debe de trabajar este café. Al no verla el viernes cambié de hipótesis, y supuse que su tramo de trabajo iría de lunes a jueves... Pero no era así tampoco. Quizá ya no trabaja más aquí. Quizá trabaja ciertos días del mes, y mis razonamientos semanales no son pertinentes. Hay mil posibilidades. La vida de los desconocidos tiene reglas propias, siempre distintas, y el que quiere deducirlas a partir de un encuentro casual se pierde en un océano de conjeturas. Es difícil pensar que uno mismo... yo mismo, que soy el ser más rutinario y más previsible, en la medida en que soy desconocido para otros, también puedo aparecer y desaparecer según un aparente azar. Por ejemplo, esta noche me voy de Pringles, y no voy a volver en varios meses.

¡Cuánto ignoramos! Antes de venir a Pringles, seguramente a raíz de las reflexiones que me suscitó el asunto de la Luna, aunque sin relacionarlo de modo conciente, me puse a pensar en esas cosas que creía saber y en realidad no sabía; se

me había ocurrido, no sé por qué asociación de ideas, que quizá podía saberlas. Dejé subir a la superficie de mi mente algunos modestos enigmas clásicos, al azar, sin elegirlos. El primero fue éste: si un círculo gira, ¿es cierto que el punto central se mantiene inmóvil? El impulso inmediato, e irreversible, es decir: ¡por supuesto!, parece una idea natural. Debería ser al revés; debería parecer más natural que el punto central, como un círculo en miniatura, girara también. Pero no sé qué aberración cultural ha intervenido, y se ha vuelto una especie de reflejo condicionado decir que el punto central está inmóvil, y hasta es como si eso garantizara el movimiento del resto del círculo.

Me pasé varios días pensándolo. Poco a poco fui haciendo un giro espiritual hacia lo inconcebible. Podía imaginarme que se clavara un clavo en el centro de un círculo: el clavo se mantendría inmóvil y el círculo giraría alrededor. Pero en ese caso el supuesto punto es externo al círculo, y no tiene nada que ver con el planteo. Al fin se lo pregunté a Tomasito, con cierta cautela, porque mi hijo es bastante cascarrabias.

—¡Por supuesto! —me respondió—. El punto central no gira.

—¿Pero no te parece que ese punto, por chico que sea, es a su modo un pequeño círculo, que tiene que girar necesariamente junto con el resto?

—Eso sería si fuera un punto físico. Pero estamos hablando de un punto matemático.

A partir de ahí no quiso seguir discutiendo. Muy bien. No era mi intención martirizarlo.

¿Un punto matemático? ¿Qué es eso? Si es una construcción mental, ¿para qué postularla? ¿Para qué recargar la realidad, que ya es bastante complicada, con ficciones pedantes? La única función que se me ocurría para ese punto fijo era la de mantener el círculo en su lugar. ¿Y quién dijo que el círculo debía mantenerse en su lugar? Además, aunque se mantenga en su lugar sobre una mesa, igual se está moviendo porque la Tierra gira, etcétera. Inclusive podría proponerse la teoría de que todos los círculos siempre están inmóviles, y cuando parece que giran en realidad es el mundo el que da vueltas alrededor.

Esa misma noche, en mi caminata cotidiana, llegué a una conclusión definitiva: no hay plinto inmóvil en el centro, porque si lo hubiera trabaría al círculo y no lo dejaría girar. Ahí me planté. Lo veía con una claridad meridiana. Ya sé que debe de ser un error ridículo, pero es un error con el que puedo vivir y morir.

¡Cómo cambia uno! Antes yo despreciaba a los que hacían esta clase de razonamientos, de tipo «Robinson Crusoe». Me parecían la quintaesencia de la ignorancia, la marca de gente terca y autocomplaciente, que actúa como si los libros no existieran y el saber empezara y terminara en sus necios cerebros. En mi fase más extremista, llegué a considerar oscurantista el mero hecho de pensar por uno mismo. En realidad, sigo opinando lo mismo: el saber está en los libros, no en lo que uno pueda elucubrar. Los que piensan, se merecen sus errores. Y sin embargo, ahora me sorprende haciendo esta patética artesanía intelectual...

En fin. Esta noche me voy. Ya es hora. Mis semanas pringlenses son inflexibles; o no tanto, porque consisten en una semana y un día. Me altera un poco la perspectiva de la larga noche de viaje sentado en mi butaca de La Estrella. Sobre todo el viaje de vuelta a Buenos Aires, sin dormir un minuto. Hay una remota posibilidad de que concilie el sueño, pero ya estoy resignado de antemano a la vigilia.

He hecho decenas de viajes estos últimos años, y se habría necesitado alguien todavía más distraído que yo para no advertir que me duermo en el viaje de ida, Buenos Aires-Pringles, y no me duermo en el de vuelta. Podría haber hecho miles de viajes sin darme cuenta, si no fuera algo tan importante para mí (esa noche en vela es una verdadera tortura, y quedo en un estado deplorable al día siguiente) y sobre todo si al llegar, a un lado o al otro, no me preguntaran: ¿dormiste? Esa cortesía sobre todo me hizo notar, y desde entonces empecé a prestar atención a las circunstancias accesorias a esa alternancia, para ver a cuál podía adjudicarle el sueño o el insomnio: cena, ropa, asiento, postura... No desdeñé siquiera las respectivas expectativas, las psicologías opuestas de la ida y el regreso. Pero es inútil: por ese lado no parece haber causas. Lo único que queda es la dirección, norte-sur a la ida, sur-norte al regreso. Con lo cual debería darle la razón a alguna de esas charlatanerías contra las que milito: el Feng Shui, los polos magnéticos, algo por el estilo. Mi escepticismo ha recibido tantos golpes que uno más podría derrumbarlo. Sin embargo, por el momento resiste.

«Pringles, la ciudad de los taxis perfumados.» Cuando llego, al alba, y abro la puerta de uno de los taxis que esperan frente a la terminal de autobuses, el perfume me marea, me intoxica. Los taxistas del pueblo, que son una cofradía muy organizada, usan desodorante de ambiente en sus vehículos, de aromas diferentes, y la emulación o el acostumbramiento los lleva a extremos. De alguna forma, es comprensible. Estos taxistas son ex chacareros, expulsados del campo por el proceso de concentración económica y la extinción de la pequeña empresa rural, que han invertido el producto de la venta de sus tierras en preciosos autitos europeos o japoneses, los explotan como taxis y los cuidan como a la niña de sus ojos. Sus corpachones de labradores tras el volante, sus manazas como zarpas sobre los botones de los tableros electrónicos, tienen una delicadeza y una precisión milagrosa. No es que hayan debido cambiar mucho sus hábitos: siguen levantándose antes del alba para ir a buscar a los viajeros a la terminal, y en el servicio obsequioso al cliente, ellos, que eran los soberbios señores de la soledad de la pampa, ponen las flores de la adaptación. Los autos brillan por fuera y por dentro. El perfume debe de parecerles una suprema elegancia, y una elegancia necesaria.

Pringles es tan desolado, sobre todo en invierno, que parece abstracto. Si yo tuviera tiempo, y ganas, haría una revisión de todos los sistemas filosóficos, de Platón a Nietzsche, aplicándoles el absoluto de Pringles para desmentirlos o confirmarlos. «La esencia precede a la existencia», sí, muy bien, en todas partes, menos en Pringles, donde la existencia precede a la esencia, o las dos marchan juntas. «Ser es

ser percibido»: es cierto, se ha podido observar en Pringles. Etcétera.



## VI

Como cualquiera de mis contemporáneos, yo podría morirme en cualquier momento. Hoy, mañana, ayer. Un accidente, una enfermedad que a mi edad ya no llamaría tanto la atención... Es una lotería, pero por suerte parece tan difícil ganar (en este caso: perder) como en la lotería de verdad. Por mi parte, si me tocara, lo sentiría ante todo como una injusticia, casi como un error. ¿Cómo voy a morirme, si todavía no viví? Los creyentes se consuelan con la idea de la «otra vida», la vida feliz de los bienaventurados; es algo que se aplica en especial a los que mueren jóvenes; la chica del Avenida había adoptado naturalmente esa perspectiva para su hermano. A mí me resultaría mucho más difícil porque encuentro que el concepto mismo de «otra» vida presupone el de «una» vida. Si no se ha vivido una vida, ¿qué sentido tiene empezar otra? Se dirá que todos tienen una vida, aunque sea breve. Con el mismo criterio se puede lamentar la muerte de un chico de cinco años que la de un viejo de noventa. Es un sentimentalismo convencional. Los que se lamentan son siempre los otros, a quienes en el fondo no les importa nada, al menos en comparación con lo que les importaría su propia muerte. Para poder lamentarlo uno mismo, hay que estar vivo, y entonces casi siempre uno está esperando empezar a vivir.

En cierto modo, no es necesario ser creyente para creer en la otra vida, porque las dos vidas están superpuestas y entremezcladas en el presente. «El que espera, desespera»; yo diría más bien «El que espera, se engaña»: lo que espera ya empezó, a veces ya terminó. Esa es la condición del presente.

Anoche antes de dormirme estuve tratando de poner en claro la cuestión del Juicio Final. Según la versión simplificada que manejo de la escatología cristiana, los muertos tienen que esperar al Juicio Final para ser juzgados y recibir su destino definitivo en la otra vida. Uno se muere y se produce un blanco, una nada, hasta despertarse en el Juicio Final. Son los vivos, es decir, los sobrevivientes, los que pueden imaginarse que los muertos se van directamente al Cielo o al Infierno, pero desde el punto de vista de los muertos no puede ser así porque entonces habría dos tiempos simultáneos, uno de los cuales sería la Eternidad, y ésta no puede correr en paralelo al tiempo. De modo que hay que esperar al fin del tiempo, el Juicio; todo lo demás (la simultaneidad, Dante, el regreso de los muertos vivos, el espiritismo, etcétera) cae en el campo de la ficción. Además, no se puede hacer un juicio definitivo de alguien en el momento en que se muere, porque después de la muerte sigue actuando, por la resonancia de sus hechos o sus obras o simplemente por el peso grande o chico que tuvo su existencia en el sistema del mundo, y por lo tanto sigue acumulando méritos o faltas. La lógica quiere que esa acción se prolongue tanto como el tiempo, así que es inevitable esperar hasta el fin de éste para hacer un balance justo.

Pero ese salto desde la muerte al Juicio Final plantea sus problemas. Anoche no me podía dormir del lío que me hice con los cálculos; estuve tentado de levantarme y

hacer un diagrama a ver si lo ponía en claro. Quizás ahora pueda.

Supongamos que alguien se muere el 5 de julio de 1932 a las diez y diez de la mañana; a partir de ahí, un blanco, hasta el día del Juicio Final, sea cuando sea. Ahora bien, para ese individuo, extinguida su conciencia con la muerte, ese blanco, así sea de diez mil siglos, tiene que ser un instante. Si se postulara un lapso, como una especie de sala de espera a oscuras, eso ya sería «otra vida» más, una tercera vida, lo que me parece un poco excesivo. Que yo sepa, nadie habló nunca de una tercera vida intercalada. Sí he oído mencionar un «Limbo», pero no creo que los teólogos serios lo acepten; debe de ser una ficción de compromiso, para adaptar de algún modo al dogma la idea del juicio inmediato y el Cielo y el Infierno instantáneos. Una ficción peligrosa porque podría prestarse a especulaciones por parte de los malvados, respecto de su duración.

Muy bien, un instante. Uno cierra los ojos, o se los cierran, y los vuelve a abrir de inmediato el día y la hora de la consumación del tiempo. O sea que para ese hombre el Juicio Final tuvo lugar el 5 de julio de 1932 a las diez y diez de la mañana.

Pero un minuto después se produjo otra defunción (digo un minuto como podría decir medio minuto, o dos segundos: depende de la tasa de mortalidad, que además debe de variar), y un minuto antes se había producido otra, y así sucesivamente, hacia adelante y hacia atrás, a lo largo de toda la Historia. Con cada uno pasó lo mismo, es decir, hubo el mismo salto, que visto desde afuera duró menos o más, pero desde adentro duró lo mismo, o sea nada.

Ahí está la dificultad de concebir esta figura. Hay un conjunto múltiple (los seres humanos) cuyas muertes van puntuando toda la escala del tiempo, y en cada uno de esos puntos está el fin de la escala. El fin del tiempo es contiguo a cada uno de sus momentos.

Como dije, no es necesario ser cristiano, o creer en esto o lo otro, para que sucedan estas cosas. Se las puede generalizar a todos los hechos que impliquen lo individual y lo colectivo. El puente entre los dos registros está hecho de interrupciones y saltos. Basta pensar en la gente que duerme y la que está despierta en el planeta. Ahí hay millones de minúsculos Juicios Finales escalonándose en una gran figura complicada. Y ni siquiera hay que pensar en una interrupción de la conciencia, porque toda espera cumple la misma función. Mientras unos esperan que pasen las cosas, otros viven, y después intercambian los papeles, y a esa alternancia se reduce el tiempo, en los hechos.

## VII

En la fábula del Juicio Final todos se duermen por separado y se despiertan juntos. El gran acontecimiento es un *terminus ad quem* desde el cual se aprecia un innumerable escalonamiento individual; una vez reunidos en ese nudo, se revelan individuos, y pagan por ello. Pero ese acontecimiento es único, irrepetible, y sumamente postergado; de hecho, la postergación como acontecimiento subsidiario se define por el Juicio Final, modelo de toda espera.

Este modelo se reproduce en pequeño en toda vida individual. O mejor dicho: como el Juicio Final en realidad es una ficción, existe para proveer de un modelo a nuestra manipulación cotidiana del tiempo, y hacerla inteligible. En la vida real nos dormimos por separado («Bienaventurados los que tienen sueño, porque ellos se dormirán antes», Nietzsche) y nos despertamos también por separado; ahí está la trampa: nos despertamos por separado, según nuestro ritmo o necesidad o capricho... pero nos despertamos a la realidad, que es un gran acontecimiento colectivo en el que participa todo el mundo.

No me refiero sólo al sueño propiamente dicho sino a toda clase de ausencia, como volver de unas vacaciones en la playa o salir de la cárcel, y más aún a todas las distracciones o estados de concentración intensa o cegueras parciales... Y en esas categorías entra casi todo, la vida está hecha de ellas.

Siempre estamos volviendo. Y mientras no estuvimos, pasaron las cosas. Nos despertamos para constatar sus efectos, como le pasó a Rip Van Winkle.

Pues bien, justamente: yo me siento como Rip Van Winkle. A eso quería llegar. Hoy, 5 de julio de 1999, me despierto y retomo el hilo de mis pensamientos donde los dejé treinta años atrás. Esto parece una metáfora, y quizá lo sea, pero también hay que entenderlo literalmente. Uno se da cuenta de que no tiene veinte años, de pronto, advierte que ya no es joven... y mientras tanto el mundo cambió; mientras uno estaba pensando en otra cosa. El encadenamiento de mis ideas se interrumpió; ahora, me cuesta retomarlos porque mis ideas ya no corresponden a nada objetivo, es decir que no son ideas. Querría ser completamente sincero en este asunto, pero la verdad es que ya no sé si pienso o desvarío. Supongo que pasa siempre en estos casos: lo colectivo, la política del mundo, es lo más difícil de pensar, porque tiene demasiadas caras. De todos modos, una de las ideas que en mi juventud me entraron en la cabeza fue la de la indignidad del trabajo en la sociedad capitalista. Ahora no sé cómo aplicarla, porque el clamor popular no pide otra cosa que trabajo, y las buenas conciencias, a cuyas filas yo había creído pertenecer, lo ponen por las nubes como una panacea. Me habían convencido de que los sometidos no tenían otra cosa que perder que sus cadenas, y ahora resulta que las reclaman con desesperación.

Eso no significa necesariamente que el mundo se haya puesto al revés, sino que se ha retrocedido un paso dentro de la misma situación. Significa que nosotros los burgueses hemos efectuado una hábil maniobra, y hemos logrado un triunfo con el

que hacemos retroceder el tiempo y nos damos un siglo o dos de ventaja para elucubrar nuevas maniobras y obtener nuevos triunfos.

Todo aquel asunto de la Revolución que tanto nos ocupó se basaba, aunque nadie lo dijera, en el requisito de que pasaran cien o doscientos años. En el fondo, lo sabíamos. Las contradicciones no podían resolverse *in situ*, con nosotros mismos. Estábamos trabajando para el futuro, no para el presente. El presente caía en un hueco.

Cuando uno se comprometía con la Revolución renunciaba a su autonomía cronológica y quedaba a merced de lapsos que no dominaba. Se precipitaba en un abismo de tiempo. Su propia muerte personal se volvía garantía de toda la maniobra, porque su muerte era el requisito de la extinción de su clase, de su especie y de su mundo.

El motivo de mi perplejidad es que estos resultados que están a la vista se obtuvieron en unas pocas décadas, dentro de una misma generación, y los actores son los mismos, salvo que donde antes decían blanco ahora dicen negro. Es un mundo distinto, el mundo al revés, pero con los mismos personajes; mientras yo estaba ausente (¿dónde?) ellos siguieron viviendo todo este tiempo.

Siguen siendo mis contemporáneos. La humanidad sigue siendo mi exacta contemporánea. Pero los demás piensan exactamente al revés que cuando los dejé, hace treinta años o media hora, y no muestran ningún asombro por la mudanza, ni siquiera advierten que haya habido ninguna mudanza. Muestran una perfecta naturalidad, una mágica adaptación al mundo. Y no se me escapa que lo que vuelve eficaz al pensamiento es eso: la naturalidad, la espontaneidad. Que no sea necesario pensarlo; que suceda porque sí, por imperio de las circunstancias, como la lluvia.

La transvaloración del trabajo es una de las muchas cosas que me asombra. Otra es la desmaquiavelización de la política del Estado. Súbitamente, al Estado se lo ha empezado a juzgar por un canon de virtudes privadas, primera y principal la honestidad. La misma honestidad que está en peligro en los proletarios despojados de trabajo. Las virtudes públicas (la *virtú*) se han disuelto. Supongo que eso se debe a que ahora los asuntos públicos los deciden las corporaciones, y al Estado no le queda más función que dar un modelo de perfección ética, como la corte imperial china. En fin, no vale la pena dar ejemplos, porque no son ejemplos sino las cosas que pasaron. «Si no me creen, vayan a ver» (Lautréamont).

Si fueran ejemplos, no se necesitaría más. El otro día leí en el diario que en un país de África, creo que Sudán, subsiste la esclavitud, y los proletarios en edad de trabajar se venden por cincuenta dólares. Un grupo humanitario suizo reunió dinero y «compró» dos mil esclavos, y les dio la libertad. No les salió muy caro (cien mil dólares) y quedaron como dioses; había una foto, de los negros, sentados en el suelo, con aire desconcertado y no muy feliz. La situación tiene cierta similitud con la nuestra de hoy en día. «Esclavitud» es una palabra; al parecer es una institución ancestral en ese país. No cuesta mucho adivinar que es una especie de contrato por el

que alguien vende su trabajo a cambio de alojamiento y comida, quizá ropa y algún otro beneficio. ¿Es tan distinto de lo que piden nuestros desocupados? Si este contrato africano incluye alguna restricción de movimiento o cambio de empleo, tiene su equivalente en las restricciones que también incluyen nuestros contratos de trabajo civilizados, o están compensadas por la estabilidad. O bien no tienen ninguna importancia, si la alternativa es morir de hambre.

Supongamos que un grupo humanitario suizo se entera de que los proletarios argentinos trabajan doce o catorce horas diarias, por un salario que no llega a cubrir las necesidades básicas, en condiciones que a ellos les parecen inhumanas, etcétera. Desde su punto de vista suizo, bien pueden llamar a eso «esclavitud», y justamente escandalizados juntan plata, «compran» los contratos de trabajo de dos mil, o veinte mil, argentinos explotados, y les devuelven su «libertad». Allá en Zúrich, o en Basilea, ignoran que esos argentinos se pasaron años haciendo marchas y cortes de rutas reclamando «trabajo»...

La moraleja es que cada cultura sigue definiendo sus palabras de forma autónoma, como antes de la globalización. Y querer imponer una definición a otros, aun con las mejores intenciones, puede ser catastrófico.

Por supuesto que yo no me pasé estos treinta años durmiendo la siesta; los pasé escribiendo mis novelitas, y preparando mi Enciclopedia. Que mientras tanto haya leído el diario todos los días no significa nada, evidentemente. Si escribí, fue para disolver la calidad de ejemplo de estas «impresiones de África», para historizarlas y articular en ellas los dos aspectos contradictorios del mundo: la identidad y la diferencia. Escribiendo, logré seguir vivo hasta ahora, es decir que el mundo siguiera siendo el mismo; el precio que tuve que pagar fue que se pusiera cabeza abajo.

Es cierto que se me podría reprochar que no haya empleado mis privilegios de intelectual burgués en algo más constructivo. Aunque más no fuera constructivo-individual, como volverme culto e inteligente, o en todo caso haber escrito libros buenos de verdad. ¿Pero para qué sirve escribir buenos libros, o cultivarse, o descubrir verdades nuevas? Contribuir a la construcción y acumulación del saber es colaborar con el poder, ya que el poder recuperará inevitablemente ese saber para usarlo con sus propios fines, de dominación y sojuzgamiento. ¿Qué hacer entonces? ¿Mantener en secreto ese saber? ¿Usarlo antes, con fines revolucionarios? (Pero en este campo no es fácil decidir qué está antes y qué después.) Preventivamente, me mantuve en la más completa estupidez.

Por otro lado, yo nunca he creído que valga la pena saber nada. Nunca he pensado que eso valga la pena, en términos prácticos.

Siempre dejé pasar la información por mi cabeza como agua pasando por una manguera. Total, yo sabía dónde estaban los datos y podía ir a buscarlos cuando los necesitara, si es que llegaba a necesitarlos alguna vez, y sinceramente nunca creí que fuera a llegar el momento. Esa fue toda la importancia práctica que le concedí a mi pasatiempo favorito, la lectura: enseñarme cómo encontrar los datos en el remoto

caso de que la vida me pusiera en el trance de necesitarlos, que por eso mismo se volvía el más improbable de los albures.

Lo que me interesaba era otra cosa, algo más estético: el formato de la información, y cómo hacerlo. Eso se me fue pegando, sin que entrara en juego la memoria. Toda mi atención se centraba ahí, y no quedaba nada para lo demás. No sé si la memoria se me atrofió por falta de uso, o nunca la tuve, lo cierto es que mi mente se mantuvo virgen de contenidos. Eso explica mi nulidad en las conversaciones: no tengo nada que decir, me he desacostumbrado a los contenidos.

## VIII

Antes yo escribía mis novelas con el solo objeto de que salieran bien: que fueran buenas, mejores que otras, etcétera. Los motivos para hacer eso son psicológicos, es decir que entran en un vago y atiborrado cajón de sastre donde no hay más que elegir, a gusto, entre la ambición, la adaptación, el complejo de inferioridad, la megalomanía, la compensación... Hay para todos los gustos; a cualquiera de las posibilidades se le podría encontrar un buen argumento, yo mismo se lo encuentro en mis meditaciones. Lo único cierto es que escribía para escribir bien, con lo cual llegaría a ser un buen escritor, que era lo único que me importaba. En contraste con la innumerable variedad de sobredeterminaciones que tiene hasta la menor iniciativa en la vida de un individuo, lo mío tenía algo de idea fija. Y no es que crea que era «mío» solo; debe de ser algo bastante común, aunque no sé si podrá generalizarse. Uno quiere hacerlo bien, y a ese objetivo sacrifica todos los demás; oscuramente, uno sabe que logrado eso, todo lo demás se dará por añadidura. A un buen escritor siempre se le van a poder encontrar excusas; al malo, ninguna le sirve.

Pues bien, al llegar a cierto punto, con unos veinte libros publicados, fue necesario que me pusiera a pensar seriamente. No se puede seguir aprendiendo por siempre, digan lo que digan. Es decir, es cierto que se sigue aprendiendo, pero también se van solidificando los hábitos viciosos, y lo malo compensa lo bueno. Las esperanzas empiezan a quedar fuera de lugar: la esperanza siempre tiene por objeto genuino lo nuevo; hasta los que quieren volver al pasado tienen en vista un pasado nuevo. En la literatura sobre todo, lo bueno se identifica con lo nuevo; creo que en mis momentos más lúcidos yo no quería tanto escribir algo bueno como escribir algo nuevo, algo que nunca se hubiera escrito antes. Y lo nuevo está sujeto a la ley de los rendimientos decrecientes, que yo venero. Lo que no salió en el primer intento, es cada vez más difícil que salga.

Además, pasado el feliz atolondramiento de la primera juventud, cuando las cosas, si tienen que hacerse, se hacen a pesar de las pretensiones del actor, persistir en la busca de lo bueno es contraproducente. Siempre adherí a una idea de Alta Cultura, High Brow, Arte con mayúsculas. Y el arte no hay que hacerlo bien. Si se lo quiere hacer bien, es una artesanía, algo para vender y por ello sujeto al gusto del comprador, que por supuesto va a querer algo bueno. El arte crea su propio paradigma; no es «bueno» de acuerdo a patrones preexistentes sino que lo que venga después (las artesanías que vengan después) serán juzgadas de acuerdo con él. Ésa es la creación, a diferencia de la producción.

Entonces (esto sucedió hace cinco o seis años) inicié un proceso, típicamente defensivo, de alejamiento de mis viejos hábitos juveniles. Empecé a desplazar el foco de atención a un proyecto totalizador del que mis trabajos literarios serían la preparación, el anuncio, el anzuelo. Las novelitas, que seguí escribiendo, a medias por inercia y a medias para perfeccionar la coartada, empecé a verlas como

documentación marginal, y, en la medida en que seguía escribiéndolas, como un modo de entender mi vida. La vida del autor de la Enciclopedia.

Porque ése es el nombre clave del magno proyecto: la Enciclopedia. Y además, es eso, una especie de enciclopedia general que lo contenga todo. El objeto de toda una vida es llegar a saberlo todo. El registro final es la Enciclopedia.

Tengo una gruesa carpeta llena de notas preparatorias, en las que trabajo de modo intermitente. Ya las premisas totalizadoras indican que es una de esas tareas infinitas que no importa cuándo se terminarán porque en realidad no pueden terminarse. Es ideal para mí. En ella descanso. Me he pasado la vida urgido a terminar mis trabajos, para poder morirme en paz; la Enciclopedia incorpora mi muerte como «glorioso fracaso», puedo escribir a gusto y no me hago ningún problema.

La primera originalidad de mi Enciclopedia es que será obra de un hombre solo. La segunda, que no va a limitarse a lo general sino que va a avanzar sobre lo particular; todas las enciclopedias lo hacen, en la medida en que incluyen datos históricos; la mía, además, va a tomar cada general como un caso particular, porque una generalidad siempre es una construcción histórica, y por lo tanto también es un dato histórico, localizado y fechado. La tercera es un complicado juego de equivalencias según el cual en cada complejo cultural histórico están todos los demás bajo formas diferentes pero reconstruyendo siempre el mismo sistema de funciones. De ese modo cada particularidad puede subsistir sin el apoyo de la generalización. Basta. No tengo tanta urgencia por explicarme aquí porque todo está en las notas de la gruesa carpeta. No es de esas cosas que me vayan a obligar a poner en los márgenes: «¡No tengo tiempo!»; eso lo di por supuesto desde el comienzo.

Claro que lo que tengo en esa carpeta son los preliminares, los planes y programas, la teoría de la Enciclopedia, de cuyo texto no he escrito una sola página. A esta altura, ya no sabría por dónde empezar. Cuanto más avanzo en los prolegómenos epistemológicos, más lejos (más atrás) queda el comienzo. El género «notas preparatorias» tiene su propia estética, su propio acabado, y he ido haciéndome más sensible a su atractivo en mis relecturas de las notas de Mallarmé para su *Livre*, o las de Duchamp para su Gran Vidrio o las de Novalis para su Enciclopedia... Dadas las premisas de mi proyecto, el único particular sobre el que podría ponerme a escribir soy yo mismo. El punto donde se particulariza lo particular, donde se historiza lo histórico, soy yo. La suma del saber revierte al individuo, en su carácter de autor de la Enciclopedia.

Este asunto de las particularidades en el fondo es muy literario; en una novela o un poema no se trata de revestir de generalidad a los particulares (ni siquiera Lukács lo pretendía con su teoría de los «tipos») sino de hacer absoluta la particularidad, de modo que el absoluto haga las veces de lo general. Ahí hay algo de imposible, de insoluble, y se hace necesario buscar formas nuevas para ponerlo en negro sobre blanco. Esas formas son lo que he buscado, en realidad sin proponérmelo, en mis novelitas, y si las pienso así ya no me deprime tanto haberlas escrito. A ver si puedo



explicarme: no se trata de poner a Napoleón bajo la luz de las leyes científicas, sino más bien de considerarlo como en el viejo chiste del guía del museo que les muestra a los visitantes una calavera en una vitrina: «Ésta es la calavera de Napoleón», y después, en otra vitrina donde hay una calavera pequeñita: «Y ésta es la calavera de Napoleón cuando era chico». Este chiste es demasiado viejo, de acuerdo, y sin embargo es concebible que haya sido nuevo; la misma definición de chiste tiene que hacer alguna referencia a la invención formal, que a su vez es nueva por naturaleza. Todo lo nuevo se vuelve viejo, ésa es una ley inescapable. Pero, justamente, se trata de superar las leyes con validez universal. Lo nuevo queda preservado en lo viejo, como la calavera de Napoleón niño en la de Napoleón adulto. El chistecito, en su modestia de pequeña obra de arte al alcance de todos, conserva su novedad risueña aun dentro del hastío de las repeticiones, como algo concebible. También es concebible que cada hecho particular del universo sea objeto de una invención formal, irisada, sorprendente, divertida, imprevisible como una mariposa de raros dibujos revoloteando en un jardín. En ese sentido, la mía va a ser una enciclopedia recreativa.

Todo eso está muy bien para alguien que tiene eternidades de tiempo libre (sobre todo por la tarde) para sentarse en los cafés a jugar al filósofo y soñar despierto con el material que le proveen sus lecturas y llenar libretas con notas ociosas sobre esto y lo otro. Pasatiempo, autoengaño, coartada, a partes iguales. Coartada, porque me permite justificar mis injustificables novelas como aproximaciones provisionarias a una Gran Obra proyectada hacia un más allá del tiempo. Pero sucede que yo también, como todo el mundo, tengo mis momentos de sinceridad conmigo mismo. Involuntarios, pero los tengo, como sucedió con este condenado asunto de la Luna.

Muy bien, entonces: no sé nada. Peor: no sé algo. «Sólo sé que no lo sé todo.» Y ni siquiera lo sé como una convicción, sino que me entero por accidente, a tropezones. No querría caer en la psicología, pero aun sin ella es evidente que la famosa totalidad está agujereada. Yo estoy agujereado, y en esa pequeña tiniebla blanca encuentro la realidad del misterio, que es también mi piedra de Rosetta. Si lograra traducir lo que no sé a lo que sé, podría entender por qué viví. Tal como están las cosas, lo veo todo como una ilusión, un simulacro hecho de palabras. Aunque llegara a saberlo, la novedad de mi ignorancia seguiría vigente. Me inclino sobre esta fuente insondable, nuevo Narciso, y me invade una tristeza desconocida. Creo que por primera vez me siento parte de la humanidad, ahora que por fin tengo un motivo para sentirme distinto.

Un hecho particular nunca debería ser «ejemplo» de algo general. Todo el mundo acepta que el «ejemplo» es la bisagra natural entre lo particular y lo general. Sin necesidad de ir al concepto, que se da por sentado, prolifera en la práctica del discurso. Uno siempre se está explicando mediante ejemplos, es casi inevitable, y termina pensando que todo particular es ejemplo de otra cosa, que es la que debe conocerse. De hecho, funcionan como sinónimos, «ejemplo» y «caso particular». El

ejemplo, que originalmente es un dispositivo retórico, de tipo persuasivo, se vuelve una concepción del mundo, y, según me parece, devalúa la calidad de real de la realidad. Mi Enciclopedia, si la escribiera, sería el campo de batalla central de la guerra contra esa lógica aberrante del ejemplo.

Las *Investigaciones filosóficas* de Wittgenstein, con todo su mérito, creo que quedan invalidadas por esta aceptación ciega de la función del ejemplo. Lo mismo la obra de casi todos los lingüistas; de hecho, es difícil concebir siquiera un libro sobre cualquier aspecto de la lengua que hable de la cosa en sí, y no de ejemplos de esa cosa. Por eso prefiero la filología.

Este libro lo empecé con algo que parece un ejemplo: mi ignorancia de lo que produce las formas de la Luna, y la consiguiente campanada de alarma que sonó en mi mente. La alarma (haciendo cierto aquello de que «el miedo es mal consejero») lo volvió un ejemplo, intercambiable por cualquier otra de las muchas ignorancias parciales que padezco. La alarma dejó paso al fatalismo: sería imposible hacer el listín de todos mis renuncios, y entonces con mencionar uno solo puedo transmitir una idea adecuada de la naturaleza de todos, y ahorrar tinta. Pero quiero creer que esa anécdota es el ejemplo de un ejemplo, o sea, dando toda la vuelta, la cosa en sí, ejemplo de nada, pura realidad histórica: mi vida vista desde el borde de la muerte.

## IX

Una anécdota que me hace pensar: la muerte de Évariste Galois, a los veintiún años, en 1832. Una noche, en una taberna, tuvo una querrela a propósito de una mujer, con unos bravucones que quizás eran provocadores profesionales, y no pudo evitar un duelo, pactado para el amanecer. Fue a su cuarto y esperó la hora escribiendo febrilmente, de modo de dejar registro de sus revolucionarios descubrimientos matemáticos. Con la primera luz acudió al campo de honor y lo mataron. Su obra había sido escrita en una noche, y es una obra de gran peso, fundadora de la matemática moderna. Es una historia triste, pero con un final hasta cierto punto feliz, porque pudo dejar el testimonio de su genio, y no vivió en vano. Pudo hacerlo en unas pocas horas, en unas pocas páginas. Un novelista en las mismas circunstancias no habría podido. Él pudo porque se trataba de matemáticas, y porque las matemáticas tienen una notación adecuada. En esto último creo que está la clave. Yo he pasado muchos años inútiles, toda mi juventud, buscando la notación de la literatura; dicho de otro modo, he empleado mi vana supervivencia en soñar el instante de mi muerte anticipada.

Buscar la notación que me permitiera escribir todas mis novelas en la última noche: el equivalente de esta fantasía en Evariste Galois habría sido emplear esas horas nocturnas en elucubrar un modo de ser infalible con la pistola y sobrevivir al duelo. Creo que es lo que habría hecho yo en su lugar, basándome en la incuestionable verdad de que, en su lugar, habría sido un genio, y como tal no era descabellado intentarlo. Él se mostró más razonable; era un genio, pero un genio de las matemáticas, y de nada más; extender e interpolar era una pérdida de tiempo. Yo lo habría hecho porque las extensiones e interpolaciones, aun las más fantásticas, son las maniobras a las que les he confiado mi destino. La literatura como yo la entiendo es eso: una extensión-interpolación de sentidos a lo real. Él, con perfecto sentido común, sabía que las matemáticas estaban de un lado y la realidad de otro, y se quedó en el primero.

Quizá lo había aprendido de la experiencia, que a pesar de su brevedad fue una fértil sucesión de calamidades. La historia trágica de su padre debe de haberlo marcado. Nicolás Gabriel Galois fue un típico producto de la Ilustración: volteriano, enciclopedista, enemigo jurado de la Iglesia, adhirió con fervor a la Revolución y fue devoto de Napoleón. Durante los últimos años del Imperio fue alcalde de Bourg-la-Reine, pueblo cercano a París donde nació su hijo. Típico en su anacronismo, era un hombre cortés y divertido, apreciado por sus vecinos. Su habilidad más notoria era la versificación; podía hacer, y hacía habitualmente, los juegos rimados más ingeniosos y encantadores sobre sucesos y personajes de Bourg-la-Reine. Es sugestivo pensar que este talento más bien frívolo fue el núcleo de la herencia genética que recibió su hijo; las rimas son las ecuaciones de la lengua, y hay que recordar que uno de los descubrimientos trascendentales del hijo tuvo lugar en el campo de la teoría de las

ecuaciones algebraicas. Pero la versificación lo perdió. Ya se sabe que los curas no perdonan, y son tan implacables como eficaces; un cura del pueblo, «un cura ingenioso», escribió un poema en el estilo de Galois padre, cargado de obscenas calumnias (o verdades, lo mismo da) sobre la familia de un miembro prominente de la comunidad, y lo hizo circular bajo la firma del amable poeta. Éste, que debería haber previsto el ataque de un enemigo tan pérfido como la Iglesia, y al que su formación filosófica debería haberle dado armas para resistir, se derrumbó, seguramente porque lo habían tocado en el punto más sensible. Aunque hijo de la Razón, este truco se la hizo perder. La causa profunda debió de ser no tanto el desprestigio social como el robo del estilo, que en la poesía es todo. No pudo resistir a la mera posibilidad de que su inofensiva excentricidad quedara a merced de una «atribución». Desarrolló una paranoia virulenta y poco después se suicidaba.

Para su hijo, entonces de diecisiete años, la tragedia fue una confirmación de una especie de paranoia objetiva cuyos círculos concéntricos sólo se alejaban para volver a acercarse. Ya entonces había abierto campos nuevos en la matemática, pese a lo cual seguía siendo un mal alumno en un mediocre colegio de curas. Ya había fallado en un primer examen de ingreso a la École Polytechnique, y después volvería a ser rechazado. Estos dos fracasos han intrigado a los historiadores. La École Polytechnique era de las mejores de Europa en ese entonces, y su cuerpo de profesores estaba capacitado y actualizado como para apreciar el talento científico a simple vista. No había tampoco prejuicios políticos o religiosos que pudieran interferir, porque justamente el establecimiento era una avanzada liberal y hasta subversiva. ¿Cómo es posible entonces que aplazaran al mejor matemático viviente en el examen de ingreso, y no una vez sino dos? La explicación, bastante plausible, combina elementos de distinto orden. En primer lugar, es una regla de alcance universal que los profesores examinadores den por supuesto que ellos saben más que los examinados: si sucede lo contrario, se suscita un diálogo de sordos, aun cuando no haya mala intención. También hubo un motivo más particular: el joven genio había adquirido el hábito de hacer mentalmente todos los pasos intermedios de sus operaciones, y llegaba de un modo abrupto a los resultados. En cierto nivel de las matemáticas, precisamente el nivel que debe evaluarse en un examen de ingreso, lo que menos importa son los resultados. Un agravante fue que los exámenes de la École eran orales.

En tres ocasiones intentó dar a conocer sus descubrimientos. Un primer memorial, en 1829, fue puesto en manos del más renombrado matemático francés de su tiempo, Augustin-Louis Cauchy, que prometió presentarlo a la Academia pero se olvidó de hacerlo, no lo leyó, y después lo perdió. El segundo y más importante, redactado para entrar en competencia por el Gran Premio de Matemáticas de la Academia de Ciencias, llegó a presentarlo; un jurado se lo llevó a su casa, pero murió en esos días y el manuscrito de Galois se extravió entre sus demás papeles. El tercero, en 1831, sobre la resolución general de las ecuaciones, presentado a la Academia, fue al fin

leído por un prestigioso matemático, S. D. Poisson, que lo descartó con un escueto «incomprensible». Aquí puede culparse a la misma parquedad, esta vez por escrito, que lo había hecho fallar en los exámenes. Joseph Liouville, editor de los manuscritos póstumos de Évariste Galois en el *Journal de Mathématiques Purés et Appliquées*, en 1846, adjudica la «oscuridad» de Galois a «un exagerado deseo de concisión».

Lo cierto es que el joven, renunciando a la gloria científica, se lanzó a la lucha política, entendida como el modo más eficaz de destruirlo todo lo antes posible. No hubo republicano más ardiente, nadie que viera con más horror la restauración borbónica, el derecho divino de los reyes, el poder de la Iglesia. Un par de cartas incendiarias a un diario, en los días turbulentos de la Revolución de 1830, lo marcaron como sospechoso de extremismo. El 9 de mayo de 1831, en un banquete republicano, sorprendió a los comensales con un brindis al rey: «A Louis-Philippe...». Pero, mirando mejor, vieron que en la mano sostenía una navaja abierta, el brillo del acero prometido para la garganta del monarca. Quiso la mala suerte que en ese momento pasara frente al restaurante, y viera la escena por la ventana, Alejandro Dumas, autor de *Los tres mosqueteros* e insigne soplón. El resultado fue que esa noche la policía fue a buscar a Galois y lo sometieron a juicio por incitación al regicidio. El abogado que le pusieron sus amigos tuvo la buena idea de argumentar que la navaja estaba abierta y en la mano del comensal por la simple razón de que la usaba para cortar la carne, cosa perfectamente razonable en un restaurante. El jurado, en realidad conmovido por la juventud del acusado, usó esta ficción benévola para absolverlo.

Pero la policía no iba a aceptar ficciones; a los pocos días volvían a aprehenderlo, acusado de uso ilegal de uniforme (en efecto, Galois había usado, quizás a falta de otra prenda, parte del uniforme del cuerpo de Artillería, al que había estado momentáneamente enganchado y que se había disuelto por decreto real). Esta vez pasó seis meses preso, sin juicio, y salió en libertad condicional sólo porque una epidemia de cólera en la cárcel hizo aconsejable vaciarla. Pocas semanas después, el 29 de mayo de 1832, se producía el incidente de la taberna.

Pues bien, esa noche, entre el 29 y el 30 de mayo, lo escribió todo. Además de las célebres páginas en las que quedaron registrados sus descubrimientos matemáticos, intercalados con una expresión patética que se repite párrafo tras párrafo: «¡No tengo tiempo!», escribió unas cartas y un manifiesto político que tituló «Carta a todos los republicanos». No la reproducen en sus biografías, así que no la he leído, lo que quizás es preferible, porque no creo que un mocoso de veintiún años pueda saber nada de política.

El duelo fue a pistola, a veinticinco pasos. Sus contrincantes y los padrinos se marcharon dejándolo herido (quizá lo creyeron muerto) y allí quedó tirado varias horas hasta que alguien lo vio. Lo llevaron agonizando a un hospital, donde murió al día siguiente. En ese lapso se identificó y avisaron a la familia. Un hermano menor fue a verlo, llorando. Él le dijo: «No llores. Necesito todo mi valor para morir a los

veinte años».

¿Cómo será, tener veinte años? Con un esfuerzo puedo imaginarme el vigor, la frescura, la belleza, la sonrisa de esa edad. Pero lo veo como algo lejano, una construcción mental, casi desprovista de realidad. Algo que pasó hace doscientos años, en otro mundo, y al mismo tiempo curiosamente cercano, íntimo. Una fantasía personal. Trato de darle realidad interpolando con los jóvenes que veo en la calle, pero no es lo mismo.

Me resulta más fácil pensarlo por la vía indirecta de la película que podría hacerse con la vida de Évariste Galois. Me extraña que no la hayan hecho todavía, salvo que la hayan hecho y yo no me haya enterado (o que hayan escrito una de esas aberraciones llamadas «biografías noveladas», pero es lo mismo). Es inevitable que usen como marco la última noche, y toda la historia se desarrolle en una serie de *flashbacks*. Aunque vulgar y remanido, el recurso tendría un sentido profundo en este caso, porque sería una tematización del mecanismo de condensación-amplificación que dominó la vida y la obra de Galois. Igual que las fórmulas matemáticas, los accidentes (o la mala suerte en general) son concentraciones atómicas de experiencia, a las que el tiempo sirve de pantalla proyectiva.

Pero el protagonista de la película sería uno de esos actores bonitos, que típicamente tienen treinta años, a pesar de su cara de niño. Por bien hecha que estuviera, sería una falsificación. En realidad, la juventud verdadera está más allá de las imágenes.

Un joven todavía tiene que empezar a vivir. Puede haber tenido todas las ideas, pero le falta revisarlas, corregirlas, invertirlas. Es para eso que necesita todos los años y las décadas que siguen. Las ideas sólo pueden servirle como una mnemotécnica. Tenerlo todo en la mente, como Évariste frente a sus profesores, es una señal de juventud. A mí me ha tentado la idea de vivir de una vez, directamente. Pero es imposible, porque habría que haberse muerto.

## X

No se escriben novelas la noche antes de morir. Ni siquiera las novelas brevísimas que escribo yo; y aunque las abreviara más todavía, tampoco podría. Hay una acumulación de tiempo que es inherente a la novela, una sucesión de días distintos, sin la cual no es novela. De lo que se escribió un día hay que reivindicarse al siguiente, no volviendo atrás a corregir (es inútil) sino avanzando, dándole sentido a lo que no lo tenía a fuerza de avanzar. Parece magia, pero en realidad todo funciona así; vivir, sin ir más lejos. En ese aspecto, que es el fundamental, la novela derrota a la ley de los rendimientos decrecientes: la reformula y la pone a trabajar a favor, no en contra.

Esta ley, que siempre estoy mencionando, puede explicarse más o menos así: supongamos que hay un resorte de acero, parado en el suelo, de un metro de alto. Le ponemos una pesa de un kilo encima, y baja noventa centímetros, hasta quedar reducido a una altura de diez centímetros. Para que baje un centímetro más hay que ponerle una pesa de cien kilos. Y después, para que baje otro milímetro hay que recurrir a pesas de cientos de toneladas... En el trabajo intelectual pasa lo mismo; no porque tenga que pasar (no hay ninguna relación necesaria entre la física y el trabajo intelectual), pero pasa, es un caso de triunfo de la analogía. Alguien abre un nuevo campo de actividad intelectual o artística, y en el primer impulso lo cubre casi entero. El caso clásico es Euclides: a partir de la primera idea, en pocos días, quizás en horas, pudo terminar su libro, y la geometría estuvo hecha; en los dos mil años siguientes, una innumerable legión de geómetras, dedicándole vidas enteras, no pudieron agregar más que unos pocos detalles superfluos. Por supuesto, no es un ejemplo. Es lo que pasó. Que a otros les haya pasado algo similar (a Freud, a Darwin) significa que la ley de los rendimientos decrecientes funciona, pero no reduce a sus actores a ejemplos porque cada caso particular es por definición un todo histórico. Esa totalidad se reconstruye cada vez que un artista descubre su estilo; descubrirlo es realizarlo, completo y acabado, y después no le queda más que hacer; como eso suele suceder en la juventud, el resto de su vida transcurre en una atmósfera de inutilidad y desazón, cuando no en la inquietud ante lo que se percibe como una tarea colosal que insumiría diez vidas, y aun así daría un fruto muy mezquino: bajar el resorte un milímetro más, avanzar un paso más después de las mil leguas sorteadas de un salto...

En las novelas yo creí encontrar, en formato cotidiano y vivible, una salida a esta trampa, ya que las novelas van empujando hacia adelante la consumación del arte que las justifica. Kafka debió de pensar algo así cuando se quejaba de las interrupciones y decía que un relato se le echaba a perder si no podía escribirlo todo de un tirón; pero la solución de las novelas no le sirvió, porque se le hacían infinitas. Yo ese inconveniente lo solucioné a mi modo, con auténticos *tours de forcé* de la chapucería; el mismo hastío y vergüenza de lo que estaba haciendo me convencía de que una vez

terminada esa novela en proceso podía morirme; antes no, porque nadie iba a saber cómo terminarla. Así que me precipitaba hacia el fin, y siempre llegaba antes de lo que esperaba (a costa de la calidad, es cierto), y como marca de alivio le ponía la fecha al pie.

Pero en realidad, en los hechos, no sólo no se escriben novelas la noche antes de «esa cosa distinguida» (Henry James) sino que no se las escribe en las semanas o meses o años previos. Los novelistas se retiran bastante antes. Yo lo hice varios años atrás, aunque he mantenido un aceptable simulacro de actividad. Fue algo gradual, y ni advertía que ya no estaba escribiendo novelas. Escribía primeros capítulos, renunciaba, los dejaba para después, se me ocurría algo mejor... Lo único que quedaba era un sentimiento de insatisfacción e impotencia.

A la larga me di cuenta de dónde estaba el problema: en lo que se ha llamado la «invención de rasgos circunstanciales», es decir, los datos precisos del lugar, la hora, los personajes, la ropa, los gestos, la puesta en escena propiamente dicha. Empezó a parecerme ridículo, infantil, ese detallismo de la fantasía, esas informaciones de cosas que en realidad no existen. Y sin rasgos circunstanciales no hay novela, o la hay abstracta y desencarnada, y no vale la pena. Cuando tomé conciencia de esta imposibilidad, empecé a buscar el modo de superarla, porque en el fondo no quiero renunciar a escribir; pero no le encuentro la vuelta. Por una previsible perversión del espíritu, ahora no se me ocurren más argumentos que los necesitados de una cuantiosa invención de rasgos circunstanciales. Fiel a mi procedimiento de «huida hacia adelante», quise tematizar el problema, escribir sobre él, pero este asunto, por su naturaleza misma, es de los más incómodos de tematizar.

En realidad no tengo nada contra los rasgos circunstanciales. No tienen nada de malo, al contrario, les agradezco casi todas mis mejores lecturas. Siempre se han escrito novelas, y siempre se los ha usado, y yo sigo admirando, como admiré siempre, o más, las buenas novelas. El autor inventa un personaje, y para hacerlo actuar en la ensoñación consiguiente, la ensoñación-novela, tiene que hacerlo caminar por una calle, o quedarse sentado en un sillón, entrar a una casa, seguir el vuelo de una mosca, sentir frío o calor, en ese momento ladra un perro, canta un gallo, la ventana está entreabierta, o abierta de par en par, o cerrada, la corbata es... verde... Muy bien, muy bien. Todo eso, y mucho más. Hay que hacerlo, no queda más remedio. ¡Pero que lo haga otro! Uno termina comprendiendo que prefiere leer a escribir. Que lo haga otro, y que lo haga antes, es decir que lo haya hecho. Tomados como *ready mades* son más aceptables. Una vez escritos, los rasgos circunstanciales toman un aire de necesarios, casi como en la realidad. Pero en el momento de inventarlos es tan pueril, tan poco serio... De sólo pensarlo, me invade un desaliento invencible.

¿Qué hacer, entonces? «¿Qué hacer?» (Lenin). Me pasé la vida haciendo eso, y no sé hacer otra cosa. Y ahora no quiero hacerlo. Quizá debería cambiar, dedicarme a otra actividad. Muchas veces me lo propuse; quizás ésta lo lleve a cabo, gracias a la



oportuna invención de esta repugnancia a un detalle esencial del oficio. Pero es cierto que no sé hacer otra cosa, así que si dejo de escribir... ¿qué? ¿Vivir? Es la respuesta clásica. Presupone que hasta ahora no lo he hecho. «Vivir» sería ese inefable detrás de todas las renunciadas y abandonos, la iluminación, el gran premio. No, no puedo creerlo. Es ridículo; un lugar común adolescente. No puedo creer siquiera que me lo tome en serio ni por un segundo.

Y sin embargo, ésa es la fórmula que pronuncio (para mis adentros) como conjuro y talismán: «No he vivido». ¿No? ¿De veras? ¿Y qué hice entonces? ¿Qué hice en cincuenta años? Podría hacer una lista de cierta extensión, porque al fin y al cabo hice mucho, pese a lo cual me mantengo firme en la mía: no he vivido. Me pasaron miles de cosas, pero no las que tendrían que haberme pasado. Por ejemplo (pero no es un ejemplo), nunca hablé con los muertos, como hacía la chica del café de Pringles. Por eso no puedo mantener una conversación normal con nadie. Tengo que quedarme callado escuchándolos y después, a solas, dando vueltas por los laberintos de mis fantaseos, se me ocurre algo que podría haber dicho, o hecho, me apuro a anotarlo y después lo meto, a presión, venga a cuento o no, en una novela (que para eso está). A eso se reduce la génesis de los «rasgos circunstanciales». No me extraña que haya terminado viéndolos con horror.

Con un Jesús-hermano muerto no puedo hablar porque no creo. Soy de los que no creen en nada. Lo que no es un mérito, porque no creer es un rasgo de inmadurez o inexperiencia. Si las cosas me pasaran, no tendría más remedio que creer en ellas. Pero yo en eso soy un maximalista y digo que si lo viera, tampoco lo creería. Si se me apareciera la Virgen, en toda su majestad, ahí mi incredulidad se afirmaría sobre bases firmes, ahí empezaría a no creer de veras. Me parece que es la única postura honesta, porque un escepticismo provisorio, a la espera de un milagro, es el colmo de la credulidad.

Una especie de milagro al revés, de milagro malo, que me puso a prueba, fue la muerte de los dos amigos que más quise en mi vida de adulto. Osvaldo y Jorgito murieron jóvenes, cuarenta y cinco años uno, cincuenta y cuatro el otro; en los dos casos, cuando sucedieron, me refugié en la más cerrada negación, aluciné que seguían vivos, planeaba las escenas del reencuentro, nos reíamos del malentendido... Muchos hacen lo mismo, debe de ser un mecanismo de defensa muy natural. Uno tarda en acostumbrarse a la idea. «No puedo creerlo...» Quizá la creencia en general sólo sirva para preparar esta negación de sí misma y ayudarnos a pasar el mal momento. Pues bien, yo sigo sin creerlo. No puedo creer que Osvaldo esté muerto. No puedo creer que Jorgito esté muerto. No puedo, y basta. Recuerdo que Osvaldo me decía: «No puedo creer que Perón haya muerto». Al fin debe de haber podido, porque Osvaldo era normal. La chica del café de Pringles también decía que no creía en la muerte de su hermano, pero ella no creía por un lado para poder creer más por otro, para tomar impulso. Ella también era normal, o por lo menos más normal que yo. Cuando uno llega a creer al fin es porque las cosas han pasado, han superado ese

estadio de su invención.

He escrito en alguna parte, sin mentir, que no tomo ninguna precaución con mi salud o mi seguridad, porque no vale la pena. Con una vida como la mía, sería una falta de elegancia; o, dicho de otro modo, la única oportunidad de ejercer la elegancia que puede dar una vida como la mía es despreciarla, o al menos mantenerse perfectamente indiferente a su continuidad o interrupción. Si me pongo a pensar en el tema, llego a la conclusión de que me cuidaría sólo si fuera un genio, o si fuera millonario. No hay otra. En esos dos casos, y sólo en esos, podría hacerlo todo (en los campos respectivos de la alucinación o de la realidad: me da lo mismo uno que otro), y tendría motivos para querer seguir viviendo por tiempo indefinido, como casi toda la gente, porque sólo viviendo se puede hacer todo, o hasta algo. Por un azar asombroso, mis dos amigos cumplían con esas condiciones, y me pregunto si habrá sido por eso que fueron mis amigos: Osvaldo era un genio, Jorgito era millonario. Literalmente, no como metáfora. Y ellos se murieron, y yo sobreviví.

Si dejo de escribir, es como si me quedara sin nada, como si echara abajo un puente por el que todavía no pasé. Si sobrevivo, voy a seguir escribiendo, eso es seguro. Ya se me ocurrirá cómo hacerlo. Si me muero mañana, no. Claro que mañana voy a haber terminado este libro, y le voy a haber puesto la fecha; me estoy apurando para terminarlo hoy, me precipito, ciego y sordo, lo único que me importa a esta altura es terminarlo, y en realidad nada me impide hacerlo ya mismo.

Si tuviera que hacer un resumen final, diría que el problema fue éste: toda mi vida busqué el conocimiento, pero lo busqué fuera del tiempo, y el tiempo se tomó venganza sucediendo en otra parte. Es por eso que la experiencia no me enseñó nada (el asunto de la Luna), y el conocimiento quedó en un plano alucinatorio. Y ahora descubro que ese plano también me expulsa; se pliega, desaparece... En una buena novela la ilusión se logra mediante la acumulación de rasgos circunstanciales, y para hacer ese trabajo hay que creer. El día antes hay que creer, el día después hay que haber creído.

Digo «día» porque estoy absorto en el día (hoy) en que termino un libro y le pongo la fecha. También porque uno se muere en un día. Podría decir «años», o «décadas». Pero mis años y mis décadas ya pasaron. Para escribir hay que ser joven; para escribir bien hay que ser un joven superdotado. A los cincuenta años ya se ha perdido gran parte de la energía y la precisión.

18 de julio de 1999



César Aira nació en Coronel Pringles, Argentina, en 1949. Desde 1967 vive en Buenos Aires, dedicado a la escritura de novelas, ensayos y muchos textos que oscilan entre ambos géneros y a la traducción. Aira es uno de los narradores más radicalmente originales, imaginativos, inteligentes y delirantes. Su obra ha sido publicada profusamente en Argentina, Chile, México y España, y sus novelas han sido traducidas a más de veinte idiomas.